

Sofía Morales

EL RETRATO DEL TIEMPO



Sofia Morales

EL RETRATO DEL TIEMPO

Sofía Morales

EL RETRATO DEL TIEMPO

**COMUNIDAD AUTÓNOMA
DE LA REGIÓN DE MURCIA**

Presidente

Fernando López Miras

Consejera de Turismo y Cultura

Miriam Guardiola Salmerón

Secretaria General de la Consejería

María Casajús Galvache

Director General de Bienes Culturales

Juan Antonio Lorca Sánchez

Museo de Bellas Artes de Murcia

Manuel Lechuga Galindo

Maribel Serna Pérez

EXPOSICIÓN

Promueve y organiza

Comunidad Autónoma de la Región de Murcia

Consejería de Turismo y Cultura

Dirección General de Bienes Culturales

Museo de Bellas Artes de Murcia

Comisarios

Ángel Haro

Vicente Martínez Gadea

Emilio Morales Marín

Coordinación y administración

Servicio de Museos y exposiciones

Dirección General de Bienes Culturales

Documental

Juan Bautista Sanz

Javier Avilés

Miguel García

Diseño del montaje

Vicente Martínez Gadea

Transporte y ejecución del montaje

Pepe Gómez Servicios de Arte

Iniesta Carpintería y Decoración SLU

Seguro

HISCOX

CATÁLOGO

Edita

Ediciones Tres Fronteras

Comunidad Autónoma de la Región de Murcia

Consejería de Turismo y Cultura

Dirección General de Bienes Culturales

Museo de Bellas Artes de Murcia

Textos

Juan Bautista Sanz (pág. 5)

Ángel Haro (pág. 70)

Vicente Martínez Gadea (pág. 83)

Emilio Morales Marín (pág. 76)

Francisco Umbral (pág. 14)

Sofía Morales (pág. 20)

Blanca Andreu (pág. 28)

Pedro Cobos (pág. 32)

José Camón Aznar (pág. 40)

José Hierro (pág. 48)

Ramón Gaya (pág. 54)

Antonio Morales Marín (pág. 68)

Carmen Laforet (pág. 78)

Pedro Alberto Cruz Fernández (pág. 88)

Fotografía de la obra

Joaquín Clares

Diseño

Vicente Martínez Gadea

Rosa de la Obra Sendra

Imprime

Tipografía San Francisco

Dep. Legal: MU 387-2019

ISBN: 978-84-7564-743-2



AGRADECIMIENTOS

Carlos de Olivar Morales
Sonia de Olivar Moráles
Javier Bernal Casanova
Familia Bernal Fontes
José Cano Martínez
Pedro Contreras Meseguer
Gregorio García Madrid
Mateo Hidalgo Iniesta
Marina Llópez Cremades
Chelete Monereo Velasco
Carlota Morales Virgili
Elena Morales Virgili
Sofía Morales Virgili
Manuel Pañi Quirindumbay
Florinda Quiñonez
Cuca Rodríguez Morales
María Ángeles Rodríguez Morales
Alicia Valverde Tejada
José Velasco García
Elena Virgili Viudes

Colabora

FUNDACIÓN CAJAMURCIA
HIDA ALIMENTACIÓN

PINTAR LO CERCANO

MIRIAM GUARDIOLA SALMERÓN

Consejera de Turismo y Cultura de la Región de Murcia

Una vez más Murcia se reencuentra con una de sus hijas ilustres, la pintora Sofía Morales, nacida en Cartagena en 1915.

Vuelve a brillar en las paredes del Museo de Bellas Artes de Murcia. Sofía, quien desarrolló su doble faceta de pintora y periodista en Madrid, siempre tuvo su tierra en mente. Allí quedaba parte importante de su familia y pasaba temporadas a la orilla del Mar Menor que tantas veces pintó. Junto a grandes nombres de la pintura española del siglo XX como Modest Cuixart, Antoni Tàpies, Benjamín Palencia, Hernández Pijuan, Guijarro, Genovés, Lozano, Delhy Tejero y otros, participó en la I y II Bienales Hispano Americanas celebradas en La Habana en 1952 y 1954 respectivamente. Estas muestras recorrieron en una itinerancia americana ciudades como Nueva York (Metropolitan Museum), Washington (National Museum), Ciudad Trujillo (Museo de Arte Moderno) o Caracas (Museo de Bellas Artes).

Sofía también realizó innumerables exposiciones individuales por medio mundo, donde sus obras fueron adquiridas por importantes coleccionistas privados e instituciones.

Ahora podemos ver en esta exposición cerca de ochenta obras, en muchos casos inéditas, que nos vuelven a mostrar a una pintora inmensa que pintó lo cercano, lo íntimo, con una delicadeza y una impronta donde se descubre su trascendente aprendizaje de la mano de otro de los grandes nombres de la pintura de Murcia, Joaquín García. De él recibió junto a Cecilia Morote, Josefa Luna, Vicente Viudes y otros, su magisterio en la llamada "Escuela del Malecón".

Celebramos esta nueva muestra y esperamos que los amantes del arte puedan disfrutar de esta gran exposición antológica.



VIAJE AL INTERIOR DE LA PINTURA

JUAN B. SANZ

He debido nacer para recordar; también a Sofía Morales y su pintura. Para ahorrar el pasado. Porque fue ilustre y debemos procurar repetirlo; digo solo con carácter artístico, no entro en otra batalla histórica que no corresponda a la creación o a las artes. El pasado, en ocasiones, hay que recuperarlo y recordarlo, el presente vivirlo y el futuro procurarlo feliz en su valencia.

Sofía Morales nació en Cartagena, en 1915 aunque algunos autores de total credibilidad sitúan su nacimiento en 1917. Nadie es perfecto, tampoco Antonio Oliver que nos introduce en el error en su libro de 1950, "Medio siglo de artistas murcianos", todavía vigente. ¡Cuánto hace falta insistir publicando nuestra propia historia! Aunque yo haya decidido no aportar demasiados datos biográficos en esta ocasión literaria que agradezco. También porque en la presente edición está el magnífico trabajo al respecto de Pedro Alberto Cruz que pone dato, fecha y hora a una vida.

Sofía Morales se vino –la trajeron- con cinco años a Murcia y la historia feliz de su primera caja de pinturas es un relato literario de primer orden. Fue alumna de Joaquín García, el maestro indiscutible

de los años 20, la gran figura de aquella generación balbuceante entre las posibilidades y la pobreza; hay quién asegura que no fueron nunca lo que pudieron llegar a ser, dado su talento. Desde aquel entonces puede hablarse de la Escuela del Malecón, sin duda un pasaje sin madurar, abortado que debiera de haber tenido continuidad, no dejarlo, como todo lo que ocurre con "Joaquín" –perdida insinuación-, abandonarlo a lo que fuera solo una esperanza. Esa es la labor de los investigadores, poner las secuencias vitales en orden y darnos a conocer pasado presente y poner las piedras del camino futuro. Nadie queda fuera de esta responsabilidad que nos une en la reflexión.

Sofía Morales, pintora y escritora, marchó a Madrid y se dedicó al periodismo; una profesión que ejerció con brillantez y mucha dignidad y que hizo creer que en ella solo existía aquella dedicación a la palabra y a la narración de historias. El público la creyó en esa disciplina aunque poco a poco, con el paso del tiempo, fue apareciendo su interior malva, sus luces apagadas, sus briosos interiores ante la ventana, sus cabezas de niños, ¡ay! sus cabezas de niños en las que renace Velázquez de la mañana a la noche. Este mundo suyo de los niños tiene un énfasis y una delicadeza que escapan muchas



Sofía Morales

veces a los mayores; pequeño rubor, y ese grato olor de gomas de borrar que perfuma el rebaño de los pupitres. Sofía Morales pinta los niños y sus rostros levemente, con ojos mínimos y negros, como los de Picasso, cuando el maestro fuese niño, que tal vez nunca dejó de serlo. Tiempos jóvenes donde, situada en el centro de la actualidad madrileña, con eclosión de entrevistas y relaciones con gentes del universo del cine americano, de la literatura europea, personajes del espectáculo vital, ella misma se puso delante de la cámara de Manuel Augusto García Viñolas, cineasta y mucho más, murciano, que rodó con ella, novia, "Boda en Castilla".

En la continuidad del camino quedó la pintura para siempre. Es un poder del arte, que arrasa cualquier adversario; por mucho que se le desdeñe a deshora. Es un viaje al país de lo humilde y por tanto de lo valioso; una búsqueda constante con la armonía feliz de un diario en paz con la ternura y con los seres vivos e incluso, con los inertes de vidrio y pomposa cerámica. Nada se confunde ni se pone en duda en la permanencia viva de lo cotidiano. El solar que asoma por la ventana, el horizonte arrullado de cantos de pájaros inquietos; la leve brisa que se cuele por la persiana y hace música con los pétalos de los ramos universales de rosas y estrellas; y a menudo una línea sutil, amarilla, que diferencia lomos del paisaje inédito; bancales de hierba o rastrojo. Que así es la Castilla que pinta Sofía desde su casa en la sierra rejuvenecida por su presencia. Y esa línea puede seguirse hasta una figura que sustituye a la geografía limitada, y esta por el tímido bodegón de unas frutas cotidianas junto al sueño reparador del perro "amor", que así debieron llamarse todas las mascotas que la pintora retrata en poses fotográficas, de forma tan esbozada como genial, tan definida de sus formas y alegría de vivir junto a ella. Todo es una paralización de la peripecia movediza, casi una instantánea. El paisaje permanece como quietud, y los rostros se hacen decisivos.

Sofía Morales podía pintar como Joaquín; queda claro en algunos cuadros, en algo más que un trozo de admirable pintura; en el madurado olor de una fruta sobre un plato blanquecino de porcelana; pero ella se desarrolló en solitario, recordando, si acaso, guardando respeto y admiración al maestro. Pintó muy bien hasta el final; sus retratos, sus bodegones del estudio; sus flores, sus tazas de té y sus manteles de líneas azules, a las cinco de la tarde, las luces planas del paisaje norte o el azulado rectángulo de la piscina familiar. Hasta el final, siempre triste pero, en este caso, fructificado por la gran obra dejada. Se vieron algunas antológicas deseadas, se reprodujeron sus delicados autorretratos frente al espejo revelador de la madurez; se le valoró tan solo al borde de la medida exacta.

Esta exposición grande del MUBAM la acerca a su lugar de justicia dentro del arte español contemporáneo. Es de necesidad hacerla; como conviene repasar nombres y vidas; constatar olvidos; trabajar para que no llegue a suceder el desamparo total de una obra extenuada; desaparecida de la memoria elocuente. Es una oportunidad, un privilegio artístico.

Estas embarcaciones de la primaveral pintura, que contienen en cada una de ellas una apretada relación, casi un pretexto, no son un trámite, sino una forma del espectáculo del arte; estrado gentil donde el atuendo todavía no se ha trocado en disfraz, y el tocado no admite la simulación. La lluvia ha cumplido su tradición abrileña compadre, más que de padre, según la meteorología popular. El viejo escenario de Murcia ha sido enriquecido por una obra eterna; los modelos ya están cargados de interiores con falsas ventanas y claroscuros de grises matizaciones; casi monocromáticas, de tresillos para la visita. Hizo falta un teatro desamueblado, cuyas intenciones fueron tan solo emocionar, poner en vilo el argumento de la pintura. Que se rompan los viejos espejos, que no reflejen ningún rostro, ni marinero siquiera y juvenil, ni los cuadros repintados vueltos contra la pared, enseñando sin rubor las cuñas del bastidor que sostiene la tela. La crónica trata de la vanguardia y lo popular; una íntima expresión del alma. Una colección de cuadros pintados casi sin querer pintar. Ahí es clara la herencia magistral de Joaquín; estímulo de altas lámparas de un fulgor retrasado, como una huella entrevista. La pintura necesita de una bella lucidez para su conocimiento, de la claridad encerrada en sus redomas de cristal, con el geniecillo de la luz desplomándose sobre las flores cercanas. En Sofía Morales se ha limitado el "ascua de luz", no existe la llama frenética y cambiante; en la pintora se da la afirmación de aquel hombre bajito que se llamaba Stendhal y que afirmaba que "había que convertir el oficio en pasión".

Imposible resulta decir de la pintura de Sofía Morales sin recabar la presencia inmediata de la poesía; del asombro de lo humilde y franciscano, de lo trascendente a la vez que puede resultar un soneto pictórico, verídico y frugal. Las imágenes se tienden en los sofás del descanso y se tapan con mantas del frío exterior de los muros blanquecinos. El modelo es el mismo cada día, perfumado y silente; música de hogar y paz interna. Sofía Morales cumplió años que es una de las formas más valiosas de convertir el tiempo en algo que realmente nos atañe, hacerlo nuestro. La amistad con la pintura está en la zona más exigente de los afectos, en los pinceles del espacio íntimo y compartido. Tuve la experiencia de cuidar y barnizar una colección de obras suyas que se habían mustiado,

como los vegetales verdes, con el paso de un tiempo encuadrado; amarilleado como las páginas de un libro que fue abierto con demasiada constancia a la mirada que nos gratifica.

Todo en la pintura de Sofía Morales es sonrisa, primera comunión y tazas de chocolate caliente, algarabía de infancia y muestras de humilde existencia. Los blancos son perezosos como de sábanas novísimas y todas las composiciones gozan de la humedad sugerente de una realidad apreciable. Brillan los vidrios y las aguas que alargan la vida de los ramos amarillos reflejados en los cristales de la ventanal medianera, que nos separa del jardín. Nos re-enamoran, que es término que aprecio, al mismo tiempo que nos llenan de nostalgia de lo vivido y aislado en el fulgor del pan nuestro de cada día. Fue aquel otoño, o quizá el verano de frescos aires de sierra la que nos levantaron el ahínco de su pintura, la pasión por su color medido; siempre atemperando la fragancia de lo voluptuoso; tan simple, tan honesto, tan sencillo que iluminan las ganas de pintar, de manchar de su color, del nuestro, del de todos los días, cualquier soporte coronado de azul, de siena, de tierra ocre a punto de encenderse.

Hay que requerir la voluntad estética del espectador ante estos cuadros; algunos de pequeño tamaño, que se engrandecen ante la vista amorosa convirtiéndose en auténticos retratos de los objetos amados. El amor es visible en la mano y trazo de la artista, de la emocionada postura ante las luces interiores que son el dictado práctico de su alma. Nada puede resultar necesario pero todo es imprescindible en el cuaderno de libertad que nos guía el aroma de lo pintado y sentido, que resulta ser lo mismo; el relato de lo sensible, del afecto y sensualidad que brota en cada pincelada.

Hay una sensación en la piel ante los cuadros de Sofía Morales; un diálogo pastoril; los objetos se expanden en vertical, serios, profundos, en la inmensa y perceptible geometría horizontal exterior de los valles del invierno madrileño. Hace frío, atardece y el cielo parece y se asemeja a la Capilla Sixtina cuando Sofía Morales deja de pintar provisionalmente. Los perros de Sofía no tienen rebaño, no andan nerviosos entre pastores; saben que los bastones son pinces, ramas de nardo y duermen acolchados por el fuego de la chimenea. En el estudio se trenzan infinitas horas de silencio; se pueden oír algunas pinceladas de negro marfil; un suspiro de la artista ante una convulsión inesperada del recuerdo.

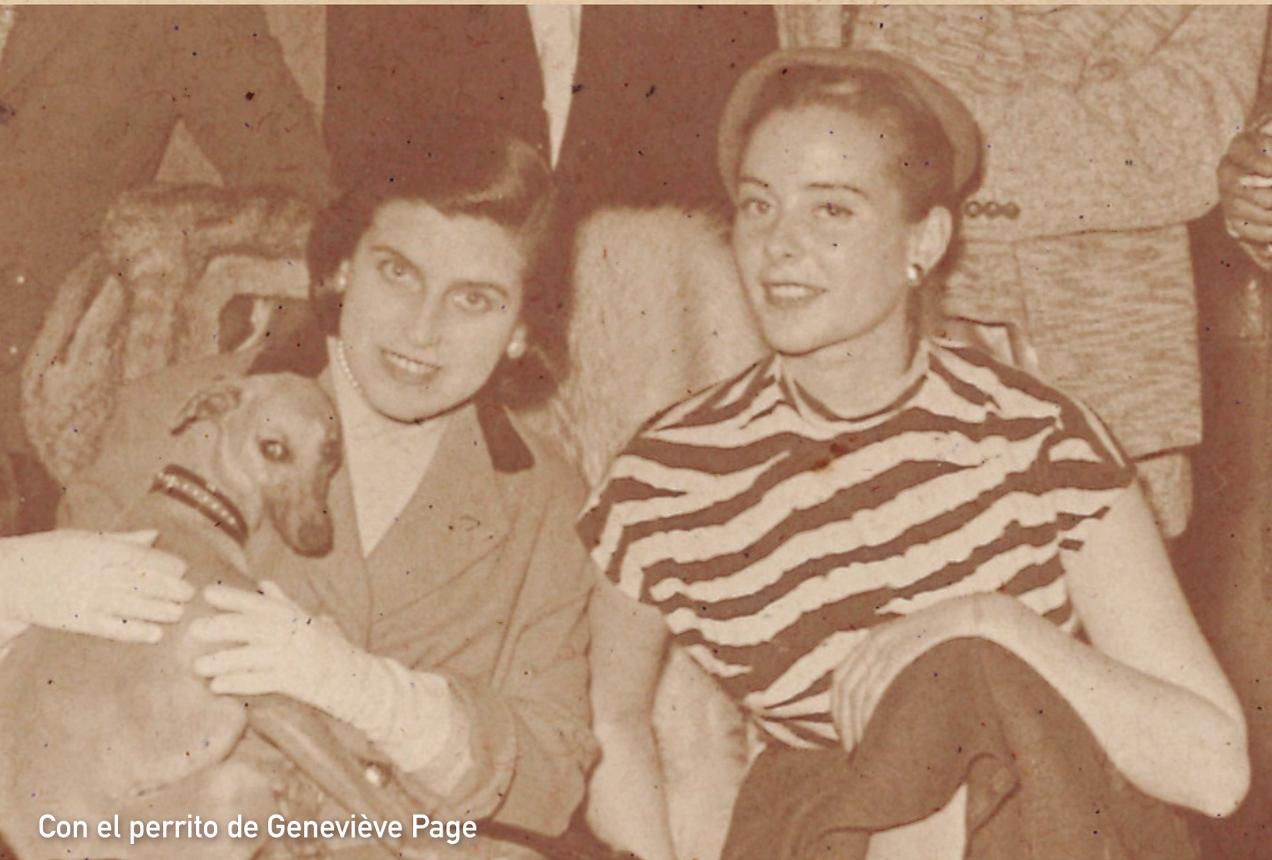
Una tarde que Sofía pintaba se vieron venir por el cielo caballos trotones de la compañía meteorológica. Traían una caja de granizo en la grupa y tambores llenos de agua. La pintora retrató las nubes

con azules en variedad de tonos fríos; llovió fuerte. No hubo luna esa noche adormecida de aguarrás y esencia de trementina; se abrieron momentáneamente las puertas de un infierno pasajero; las gotas de la tormenta revivieron el color de los cuadros recientes, los húmedos, los tempranos. Por la ventana, que es modelo, se sentía el olor a barro que mezclado con la esencia del aceite, embriaga. Como si los cuadros, también aquellos tan vistos por Sofía en El Prado, se acabaran de pintar; como si Goya y Velázquez durmieran afectados del cansancio de las perspectivas humanas.

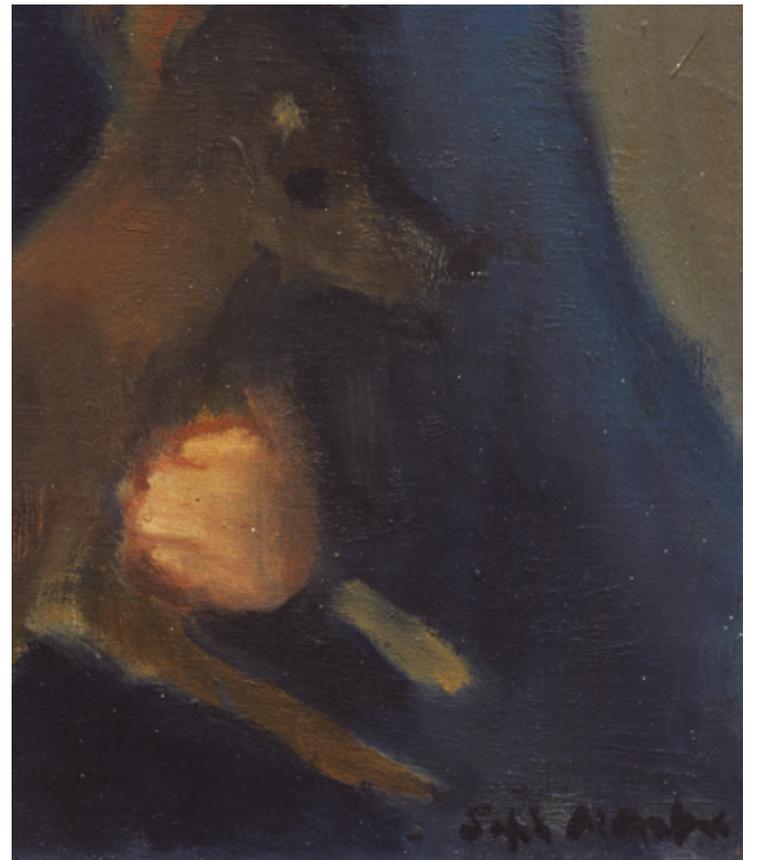
La pintura de Sofía Morales no es intercambiable. En lo que tiene de suya, de estrictamente suya, no es que no haya nadie que pueda realizarla mejor que como ella la realizó, sino que es única y exclusivamente ella quién así pudo hacerlo. Ello se debe a que todo artista que quiere de verdad ser él mismo, tiene que inventarse día a día su propio lenguaje. Sofía lo hizo también escribiendo, está su palabra en sus cuentos, en las preguntas de sus entrevistas a los magos a los que sirvió de anfitrión editorial; en las fotografías publicadas aquí que dan testimonio de su sonrisa. Su pintura está actualizada, modernizada por su universal concepto de la cotidianidad aparente. Cada instante pintado le permitía comenzar a expresar un nuevo mundo sencillo y amable a la vez, en un contexto semántico no siempre del todo inteligible en el primer momento, con cada una de sus nuevas vivencias, muchas veces familiares, siempre románticas, por accesibles. Los lienzos de Sofía Morales son reflejo de su propio ser y se expresan en su propio lenguaje, es por otra parte, un corolario insoslayable de su autenticidad que venimos contando. Ella posee, en presente, una concepción gozosa del mundo. Supo que no todo es perfecto y que existen, a veces, el desorden y la intranquila escasez. Su pintura ayuda a combatir esos males pero sabe que existe una tendencia del ser humano hacia el amor, la comprensión, la belleza y el equilibrio. No se halla nunca en oposición polémica a cuánto le rodea, sino que disfruta de la luz y de la afabilidad callada de la poesía. Invita su pintura, con sus ingredientes, a otros seres humanos al mismo convite con la armonía vital; a vivir los mismos alicientes y que su pintura sirva de vehículo para ello.

Ante este acontecimiento artístico nos quedamos como el viajero que tuviese de antemano las maletas hechas; buscando los elementos de contacto con las realidades inventadas del arte o quizá históricas del argumento cronológico. La buena compañía que nos separa de la distancia; la joven mañana de ayer mismo o cuando atardece suavemente en la memoria que guardamos, como un tesoro, de Sofía Morales.





Con el perrito de Geneviève Page





Safin 1990/91

LA MEMORIA DE SOFÍA MORALES

FRANCISCO UMBRAL

Los árboles con su salud de flores, el camino con sus orillas verdes, que tanto acompañan. El campo, con sus retazos de tierra, de agua, de sol, los montículos modestos del horizonte que quieren descubrirnos un mundo pequeño, recogido, razonable. En mi dormitorio tengo dos cuadros de Sofía Morales, uno cuadrado y otro vertical, uno con frutas y otro con flores, y esos cuadros emanan una salud natural, vegetal, que mantiene quieto y libre el aire de la habitación y el aire del mundo. Cuando el sol pega fuerte los cuadros abultan más y cuando los ilumina una bombilla quedan pálidos, pero nunca tristes, la pintura de Sofía Morales no es triste sino doméstica, con una domesticidad que elude lo vulgar, el mal gusto, el mal gusto de tantos autores de bodegones que parecen haber vendido la mercancía antes de pintarla. En los cuadros de Sofía Morales hay frutas anaranjadas que no son naranjas, o tal vez sí, hay otras frutas como llamas y también hay un libro encima de otro libro. Todo quiere estar en orden. Es el orden menor que rige nuestro mundo porque en realidad perdemos pie en cuanto intentamos pisar el orden kepleriano de las elipses.

También hay algún recipiente en los cuadros de Sofía, todo en orden, ya digo, todo atusado por una mano que se adelantó a la mano de la pintora. Recuerdo cuando yo la visitaba en la galería de alguna amiga, también en su casa del barrio de Salamanca. Ella parecía que nos estaba esperando siempre para tomar un café. Uno tendría que acercarse una tarde a ver a Sofía Morales, que estará donde estuvo siempre, mirando por esas ventanas verticales que parece que van a dar al mar y luego no dan al mar. Una tetera oscura, una taza clara. Con ella y sus amigas hablaba yo de política, de actualidad, de paisajes, de cosas del Sur, un Sur nublado y como embravecido que no es la idea del Sur que tenemos los castellanos. Cuento hasta cinco cerezas maduras que puede que no sean cerezas, voy a preguntar a ver. Me dicen que son melocotones o albaricoques. Pero yo voy a lo mío y sé que Sofía Morales ha querido pintar unos melocotones ideales, unos melocotones muy reales que no recuerdan las frutas de Cézanne y que sin embargo habrían sido imposibles sin la fruta de Cézanne.

Más allá veo media docena de rosas muy color de rosa, pero que

quizá no sean rosas, no voy a preguntar nada por si acaso. También en ellas combaten la realidad y la espiritualidad. Están pintadas con voluntad de rosas, pero no son el rosa puro, abstracto, inocente, que no sabe que un día puede abrirse como una rosa. Los frutos y las frutas que pinta Sofía Morales tienen un brillo que nos miran. Los cielos que unas alegorías de la vida que nunca se han asomado a la vida, la tierra siempre tiene límites, no es una tierra imperialista sino una tierra cultivada y comprensiva que se sucede en campos amarillos, campos de una claridad remota y cercas que ya no tienen el sol de las bardas ni ya las mira Don Quijote.

Sofía sabe que yo he venido a ver sus cuadros y también a ver a su amiga la galerista que habitualmente le expone. Pero en una galería o en un museo no se puede hablar y mirar. Se enreda lo uno con lo otro, el mundo pintado se llena de palabras y el mundo hablado se llena de confundidos paisajes. Es mejor, como fondo de una amistad, quedarse callado o mirar el paisaje. Unos campos muy elementales sirven de fondo a unos cipreses muy miniados, que debieran dar sombra a un banco de piedra, pero no se la dan. Mis amigas y yo hablamos con la mirada.

Hay fruta pintada pero no hay fruta para merendar. Lo que sí hay es un cesto de comestibles, un cesto cuyo entramado es como de oro y del que emergen botellas de un amarillo que no existe. Uno puede merendarse este cesto y también puede llevárselo con toda la luz dentro, con toda la claridad derramada cuando el mimbre se expansiona y la tarde parece que vuelve, pero lo que vuelve es la noche, la despedida hasta pronto. Sobre una mesa se derraman las uvas que yo he traído en un gran cucurucho de papel. Las uvas son ahora más claras, menos uvas, y el papel es más duro, como un ramo de cemento que espera que alguien picotee las uvas. Mi amiga y yo somos como dos vasos de vino mediados que se miran con su cristal de gafa. Tenemos que acabarnos el vino, tenemos que dejar que nos acerque el vino.

Más flores. La suma de las flores nunca dará un jardín porque no se ha pintado para eso. La tetera —porque era una tetera— se deja





pintar como si fuera un niño negro. La servilleta es una geometría azul que se pliega y se despliega como el pañuelo de un barco en despedida. De pronto todo es un poco marítimo, hay una señora más guapa y otra más fea, desde aquí puede verse, por la ventana, entre tiestos, los balcones de la casa de enfrente. Aquello no era un barco, aquello era una casa. Estamos parados en seco mirando cómo los espejos se miran unos en otros. Sofía Morales, la incesante pintora, me da un beso de despedida. Mi amiga me da otro. Alguien tiene que irse primero, pero no se va nadie. Las cosas, según están pintadas, no quieren que nos vayamos.







DATOS AUTOBIOGRÁFICOS

SOFÍA MORALES

Nacida en Cartagena, destino de mi padre como militar. Al fondo la Primera Guerra Mundial. Me bautizan en Murcia y así me hacen hija de las dos ciudades. Largo rato ya que Picasso es ya Picasso y París todavía no es una fiesta.

Desde los cinco años vivo en Murcia. Echo de menos el mar y por las calles el ir y venir de los marineros. Voy al Colegio de Jesús María.

Un día al abrirse una puerta descubro la sala-estudio dónde la Madre Nieves imparte sus clases de Pintura. Caballetes, batas colgadas, y al fondo del balcón abierto, porque es Primavera, el esplendor de la huerta. El olor a la esencia de trementina, a los aceites, me acercan a otra impresión, en el tiempo, la que recibe el poeta Alberti al penetrar, por primera vez en el Museo del Prado, al venir a vivir en Madrid desde Cádiz. Y lo cuenta en su bello libro "A la pintura".

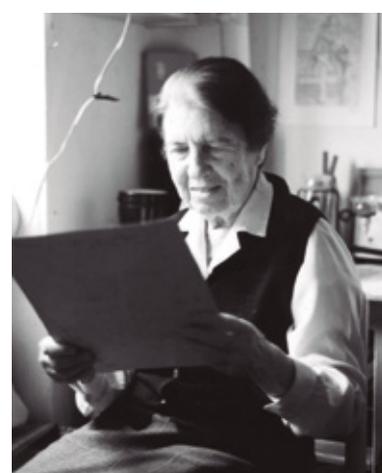
Colegio y Colegio. Visitas a la familia, paseos por la huerta y excursiones al Valle, al monte. En el buen tiempo viajes en las jardinerías de los tranvías, fuera de la ciudad, con emoción de la vuelta al mundo. El cine, películas de risa, de caballos, la revista Pinocho, el Pathe Baby, la cría de gusanos de seda nos llevan a la busca de hojas de morera.

La fotografía nos apasiona y mi hermano Antonio hasta logra revelar en casa. Cosa de magia nos parece. Ir al Parque, siempre solitario, acompañados de nuestra querida Josefina, nos parece una aventura en el Amazonas. La comba, el aro... y la birlocha, desde el terrado, en el mes de marzo.

Llegan los años treinta. Doy clases de inglés y leo todo Salgari y Julio Verne. Una caja de acuarelas me pone al frente de la realidad



1938
Sonia Minde



que he de traducir como Dios me da a entender Garay y Pontones se interesan por estos mis primeros trabajos. Pontones pinta, en nuestro patio, una parte en la que hay una columna que sujeta la galería. Por primera vez veo manchar un lienzo, y una paleta con pintura al óleo. Decido pintar en serio. Mi madre, encarga al ebanista, una caja como la de Ramón Pontones.

Nueva sede de la Escuela de Artes y Oficios y nuevo estilo en sus enseñanzas. Está dirigida por Planes. Dibujo la cabeza del caballo de Selene y al final de curso obtengo Primer Premio; el único galardón que tengo en mi larga carrera de pintora y que me enorgullece porque el diploma lleva la firma de José Planes. Mi madre, feliz, me regala la "Historia del Arte" de Pijuan, que conservo con todo cariño. Primer cuadro al óleo: una naturaleza muerta, que me prepara, en mi casa, Garay. Un frasco de cristal y unas naranjas. Ya no dejo de pintar cada mañana. Por la tarde asisto a las clases de la Escuela de Artes y Oficios. Alguna que otra mañana visito, en su estudio,

al pintor Luis Garay. Por las ventanas de su espacioso taller "veo" París. Visitas, también, a Garrigós, con Vicente y Loli Viudes, para aprender de su entusiasmo por el Arte, de su gran amor por Grecia. Y de Planes, en plena huerta de su sobriedad y talento.

Hacia el 33-34 conozco al pintor Joaquín. Se interesa vivamente por mi incipiente trabajo de pintora que sigue muy de cerca. Me hace trabajar en serio. Su sabiduría como maestro es grande. Abre su Escuela del Malecón donde abundan las alumnas: María Arnal, Cecilia Morote, Pepita Guaita, Equito Ibarra, Josefa Luna. Entre los alumnos Eloy Moreno, Román Pérez.

En Marzo de 1935 hago mi primera exposición en el Círculo de Bellas Artes. La sala está adornada con la flor del peral. Abundan los bodegones y paisajes. Ramón Gaya escribe en "La Verdad" un importante artículo sobre mi obra, y Alejandro Rodríguez Seguí, y Luis Figuerola-Ferreti, que entonces vive en Murcia.

Época grande de actividad cultural en estos años. Los escaparates



Sofía Morale -

de las librerías ofrecen los últimos, exposiciones, conferencias, cineclubs, una orquesta importante, orgullo de la ciudad, y, en la que Anita Puig toca el arpa. El cine, la música de jazz... Se inaugura el Murcia-Park. Piscina barra americana... La guerra civil acaba con esta época y empieza otra. Planes deja su Escuela y viene a Madrid. Joaquín deja también su querida Murcia y tantos otros que formaban la élite cultural de la ciudad. Decido seguir pintando y vivir en Madrid, cerca del Museo del Prado. Manuel Augusto García Viñolas, entrañable amigo y brillante personalidad, me ofrece la oportunidad de hacerme redactora de la revista que va a dirigir. El trabajo en el semanario me absorbe todo mi tiempo ya que aprendo el oficio sobre la marcha. A pesar de ello nunca dejo de pintar algún domingo que otro, en pequeños formatos. En esos primeros años cuarenta tomo parte en alguna que otra colectiva junto a prestigiosas firmas. En 1951 hago mi primera exposición, en la capital, en la Galería Estilo, con buen éxito, que repito en la misma sala en

1953. En el año 1954 expongo en el Museo de Arte Contemporáneo, de Cincinnati, Ohio, USA. Y en París en 1955, en la "Galería Alex Caceiles". Y en Tánger. En 1967 expongo de nuevo en Madrid en la "Galería Kreisler". En 1973 en "Faunas". este mismo año lo hago en Murcia en "Al-Kara". En el 74 en Córdoba y en Valencia. Y otra vez en Murcia en "Al-Kara". En 1975 en Madrid, en "Columela"; y en Alicante. En Madrid en "Ramón Durán" en 1978, y en "Chys", en Murcia. En el 80 en Zaragoza y en el 81 otra vez en "Ramón Durán". En 1982 en la "Galería Abril", y en el 87 en "Peironcely".

Si al final de lo expuesto me reconozco algún mérito no es otro que el de mi amor a la Pintura, demostrado a lo largo de los años supuesto que no ha sido mi medio de vida. La Pintura me dio una satisfacción íntima unas veces y otras una gran preocupación. Fue mi conciencia. Hice un gran esfuerzo para no defraudar a los que creyeron en mí, a los que me alentaron, a los que me mentan. A ellos vaya mi recuerdo, mi agradecimiento.



Sophie Mueller

A SOFÍA MORALES
SEIS SENRYUS PARA SOFÍA

BLANCA ANDREU

I
Eres violeta
aunque tengas los ojos
llenos de azules

II
Libro de peso:
se lee en tus colores
la voz del alma

III
Tan generosa
retienes la belleza
con tus pinceles

IV
Cuadro completo:
la flor que tú has pintado
y mis miradas

V
Sobre ese vaso
la violeta de tu alma
es mariposa

VI
El cristal sueña
y entre grises y platas
vive una flor





Sofia Munch







EXPOSICIÓN DE SOFÍA MORALES

PEDRO COBOS

Lo sencillo siempre es libre, limpio y vivo, propugnaba Eduardo Fornel, alias Pitraca, poetisa analfabeta que murió en lucha con culebrón de pelo en lomo, Sierra de la Pila por más señas, algo así como Laocoonte, pero con menor cacareo y publicidad. Sacerdote del templo de Apolo Timbren el uno y pastora de cabras la otra, lógico es que el troyano acaparara la atención: el choto que salta, el agua que regatea, la calandria picando el romero, nada que ver con lo grandioso y heroico del mármol que hace a fuerza de superación, de restarle sencillez y espontaneidad, una máscara de la vida; porque la vida no es grito herido ni sublimación estable, ¿qué más quisieran dramáticos desmelenados, si no espejo donde contemplar —prohibido a viciosos y envidiosos— algo de sí mismo?, a mi lado la Eduarda en ectoplasma, mírate, Eduarda Fornel alias Pitraca diluida en la niebla evanescente que levanta vuelo y no le-

vanta por mantener en grises humidades a esas violetas o a esas tres blancas florecillas ribaceras —tres nada más—, que ya estás viendo cuadros de Sofía Morales o la sencillez trascendida por la sensibilidad pura y escueta de la idea. Un vaso de vino y un cuchillo, un perro echado, unos montes, una fuente de estaño con ciruelas, dos copas de licor verdino o galbanado, un vidrio donde la luz reluce, un pan sobre la blancura del mantel, todos con la pincelada exacta y limpia, de blancos puros, los perlinos, porcelanas, cárdenos, plomizos y aplomados, los pardos, noguerados, barrocos y castaños, los azulencos, acaparrosados, violetas, amarotados y carachos creando fuera la luminosidad redonda y permanente, dentro la penumbra de esa luz tamizada por visillos, luz rotunda y luz dubitativa, dos cuadros en uno por gradaciones de luz. Pintura sin el pudibundo disfraz del disimulo —que no se disimula



el vivir cuando miras con profundidad y late— y latido diario y doméstico son estos lienzos, telas donde el pincel se ama y amalgama con la pasta adelgazándola o condensándola en feliz maridaje de equilibrio, de garza con pata al aire de eternidad jamás envejecida, que ahí está el misterio, en detener el tiempo y hacer que la cosa sea ella misma en su claridad no domeñada donde composición y color se alían conjugando en susurro tiempos de verbos — ver, vivir, tocar, intuir, soñar— cotidianos; cuadros para el reposo de un cuarto de estar silente, que sin restarle méritos a nadie, no es lo mismo tener enfrente a dama de teta fuera y bandera en mano, que el breve y morado toque de alhelies que son y no son en el cristal intuido por la manchita de luz en el vaso; telas para reposar vista cansada de tantas cerebrales y engoladas paparruchas, de tantas cochambrosas superaciones de la vida —¡qué necesidad!—,

cuando la vida, por pequeña que sea, vida será sin poder admitir superaciones, que así es la rosa, precisamente así, por estar viva.

- Usted es que la ha cogido lírica; nadie que no tenga cabras lo comprenderá

- Quizá los niños.

- ¡Irá usted a comparar!

Los niños de Sofía Morales viven siempre en un delicioso e ininterrumpido sueño de pájaros, frutas y peces de colores, sueño de tiempo único donde juegan al más apasionante de los juegos: juegan a contemplar. La hormiga, la abeja, el fingido dragón silueteado en el cielo por humo de locomotora, las actitudes y gestos de los hombres en una simple asepsia a la que los años añadirán microbio de intención. Con sus ojos negros y profundos, tienen la virtud de entrever. De un entrever superficial —afortunadamente



para ellos— que nos hace mirarnos nostálgicos y en carne viva, ya doloridos y cansados del vivir. En esas pupilas casi hipnóticas es donde sentimos el imposible deseo de no habernos parado en seco, el más estremecedor deseo de los hombres, el vivir sin salir de un soñar. Pero soñar no es meter la cabeza bajo el tibio plumón del ala y engañarse a sí mismo; soñar es ver realmente el fondo de las personas y las cosas y creer que la tosquedad, la ruindad y la bajeza de las mismas son sólo sueños, un sueño dentro de otro sueño, en definitiva, justo lo necesario para no morir de asco contemplando a determinado personal. Adivinar el aire por el pájaro, el mar por la caracola y el corazón por el perro en una apoteosis sencilla y humilde de ojos entredormidos, sería la única solución lógica, aceptable y distanciadora para librarse de esa baba sucia del tiempo y lo que conlleva, de ese cáncer del tiempo que pasa y

al que sólo Sofía Morales en las pupilas de los niños retratados por ella ha sabido y podido detener.

Niños en perenne observación, saben de la que va a que la vean y no a verlos, del que los critica bilioso de frustraciones y envidias, del que saca a tomar aire y silencio a ese loco que todos ser razonante lleva dentro, ¡porque ay del loco al que no se saca de vez en cuando a pasear! Y viven desfile de fantasía, de una fantasía apoyada en firme base real, paradójicamente sin análisis, intuitiva y mágicamente analítica a su modo, donde “todo es limpio para los limpios”, Pablo de Tarso diciéndoselo a Tito en carta, Sofía Morales corroborándolo en tela con el pincel. Así pues, que nadie diga que la realidad está ahí, presente y tangible, y que por mucha limpieza que se tenga en las pupilas siempre será la misma sin el respiro de verse traspasada de limpidez, que si a eso fuéramos —el



ectoplasma de la Pitraca lo comprendió como pocos ningún viudo o separado repetiría, ni nadie, lo que se dice nadie, se metería en política, con los disgustos que da.

Confiada y eternamente niños, cuando se retira la gente y queda la sala en sombras, los niños aquí retratados pulsan su soledad y esperan al sueño contemplando libro de estampas con el Holandés Errante en barco de sal, párvulos en el más puro sentido griego que en el Morías Enkomion da a la palabra otro holandés, si no errante, errado al decir de curas, caballeros democristianos y pías señoras —ellas de oído—, llámele usted si gusta, Erasmo de Rotterdam. Estoy seguro que de las cosas que más le hubiese gustado tener a Rafael Sánchez-Mazas en su biblioteca, habría sido un retrato de niño: Pedrito de Andía a los 5 años de edad. Óleo de Sofía Morales. Un bello cuadro con un bello fondo de Bilbao en grises y azules, los

RR PP de Deusto ría adelante camino del Paraguay.

Con los ojos llenos de mirar, llegué al final con la ectoplasmática sin cabernos en el alma otra imagen. Imágenes sentidas antes de la mirada racional y discursiva, de la mirada estudiosa, porque así fueron hechas, para establecer ese instantáneo y primer chispazo de comunicatividad, de vibración ante el lienzo, de emocionado sentir, de arte en definitiva, transparente, espontáneo, luminoso y puro, tan alejado y vencedor de toda frialdad crítica y aparejado racionalizar. Porque visitar una Exposición como la presente, siempre conlleva- rá dejarse a la puerta preconceptos en ejemplo de sensatez y venir simplemente a mirar cómo Sofía Morales prende la vida sin estorbarla ni restarle serenidad, serenidad sin fármacos tranquilizantes, humildad y sencillez de vida con su puntito de nostalgia diluida en grises invisibles, en presentidas luces y reflejos, quizá.



Sofia Munkko

SOFÍA MORALES

Exposición AL-KARA. Murcia. 1974

JOSÉ CAMÓN AZNAR

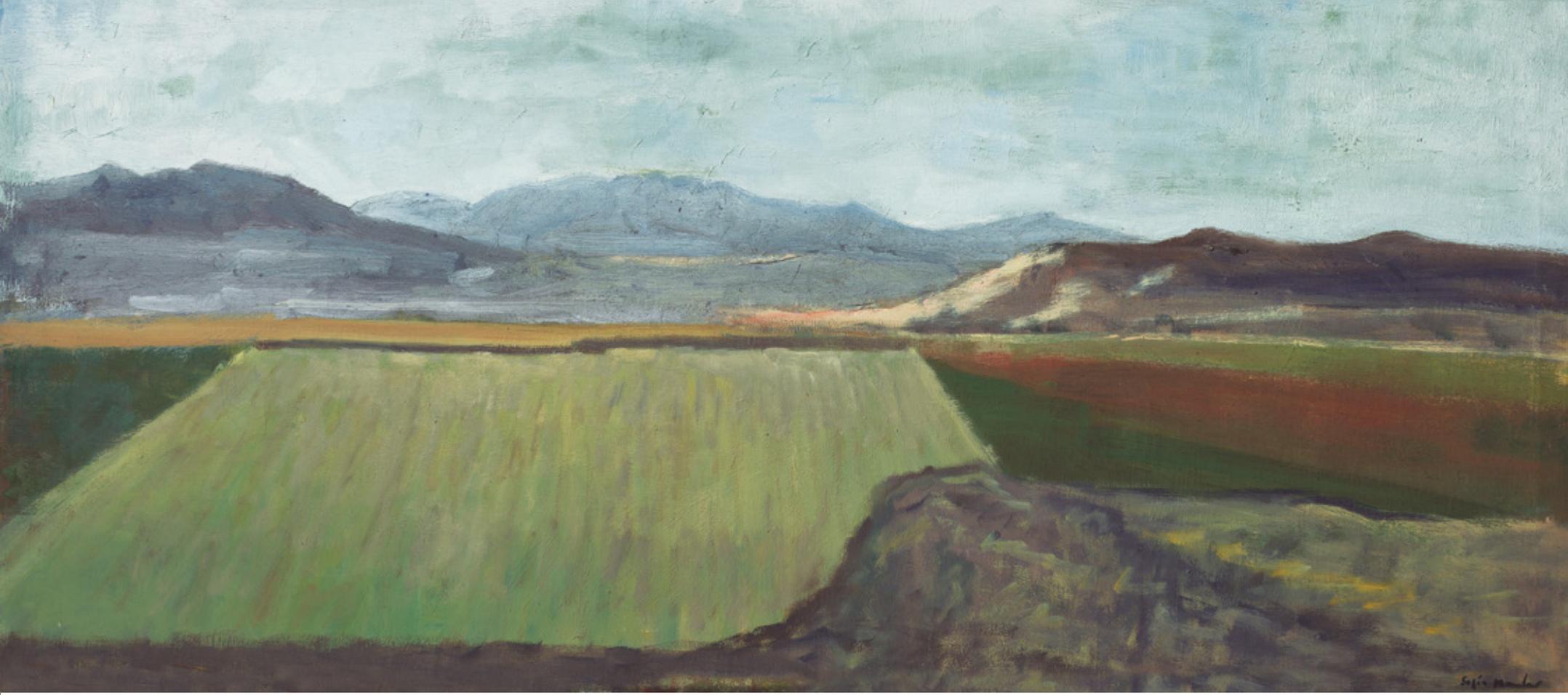
Un valor nuevo en la estimación de las artes: la gracia. Pero la gracia no sólo rítmica a la manera clásica, sino unida a la ternura. Y esto es la pintura de Sofía Morales. Ante sus obras la mirada se detiene, profundiza y ennubece en vaguedades de la más dilatada sensibilidad. ¿Dónde terminan las formas en los cuadros de esta pintora? Tiemblan, se difunden, porque la materia aunque pese, está trascendida en amorosa transfusión de alma a lienzo. El pincel se posa, con leve o grueso tacto, pero siempre sabe escoger Sofía Morales la espuma del tema representado. Porque lo allí consignado aunque el relieve sea exacto, parece que flota en su misma timidez. El infantilismo de la pintura de Sofía Morales no sólo está en su preferencia por el tema de los niños, sino en la ingenuidad y hasta en la inocencia de su inspiración. Es un mundo recoleto y selecto el suyo. Pero de una selección a la inversa de cualquier imaginación enfática. Todo está aplacado, entrevisto, sin rudeza ni energía impulsiva. Pero a la vez frondoso, blando, irradiante, en una materia trémula, nada inerte. No hay límites inexorables entre las formas de sus cuadros que están a punto de derramarse en los vecinos. Pero que se contienen porque los colores son densos, sustantivos, con una profundidad compatible con su terciopelo. Y ahora y siempre en sus cuadros una ternura que sólo puede reflejar almas cándidas y naturalezas que quepan en esos ojos grandes de sus niños.

Ante estas obras de Sofía Morales —en esta exposición antológica— cabe hablar de su historial artístico sin fisuras, ni arrepentimientos en su estilo tan personal. Pero no queremos detenernos en el plano tan fácil de su técnica. Ahí está. Si no en ese trasfondo emotivo que avanza hacia nosotros, se apodera de nuestra mirada y de nuestro gozo y explica ese arte de Sofía Morales tan difícil de explicar sin esa prevención poética.

¿Dónde termina la pintura y comienza la poesía? Esa es la clave de la pintura de Sofía Morales.





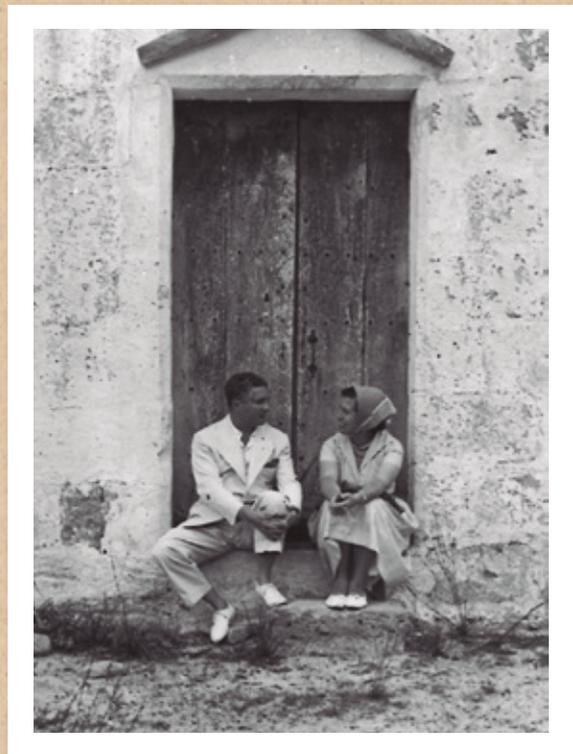






Sofia Mombas





SOFÍA MORALES

Revista Tauta. Marzo 1973

JOSÉ HIERRO

El arte último repudia —perdón por la generalización— el buen gusto. Busca la expresividad vociferante, la sorpresa, el latigazo en la sensibilidad del con-templador. No es arte —sigo generalizando— para convivir con él la convivencia con un cuadro, como con una persona, sólo es posible si el cuadro o la persona contagian sosiego. Uno podría tener en su cuarto de estar un Velázquez o un Juan Gris. No podría tener el Aquelarre negro de Goya. Tenerlo en el cuarto de estar significa sentirse maravillado y sosegado mientras se toma una copa de vino con unos amigos, contemplar el cuadro siempre que uno quiera, en lugar de tenerlo gritando en la pared aunque uno no lo desee. Quien es capaz de convivir con un cuadro inquietante, es que no le gusta el arte. El cuadro inquietante tiene su puesto en un museo particular, en la habitación que se visita de vez en cuando. Un cuadro inquietante es como un león: hay que enjaularlo para que no nos devore. Esta divagación viene a cuento de la exposición de Sofía Morales. La artista pretende un arte hecho de medida, de sosiego, de equilibrio: algo que no es frecuente en la pintura actual. "Confortable como un buen sillón" quería Matisse que fuese su arte. "Boutade" aparte, no deja de ser una estética clasicista. Sofía Morales se diría que utiliza su pintura para salvar de su fugacidad

las cosas serenas; los momentos serenos de las cosas o seres que no lo son habitualmente. Unas frutas, una figura infantil ascienden a la condición de modelos sólo a costa de que la artista los haya contemplado bajo el prisma de la serenidad. Y entonces, tembloroso en la superficie quieta de un lago, muestran al contemplador sus tonos más agrisados, como vistos bajo una luz de plata. Serenar las cosas es, para un artista, algo que exige simplicidad y esquematismo en las formas, huida de todo arabesco, de toda pincelada vibrante, de todo exceso colorista. Pero ello no significa que una pintura limitada en su paleta sea el polo opuesto del colorismo. Por el contrario, jamás un colorista —Sorolla, por ejemplo— muestra tanto que lo es cuando compone en la gama de los grises por armonía de matices. Este difícil equilibrio sobre la cuerda floja del gris es el que le permite a Sofía Morales sus mejores hallazgos. El colorista no actúa, entonces, por contraste de complementarios, sino su finura mejor. Es una realidad la suya traspasada por la nostalgia. Una reconstrucción de la realidad por medio del recuerdo. El recuerdo es el que lima las aristas ásperas del mundo, sumiéndolo en un agua transparente. Todo el mundo de Sofía Morales se diría que está visto a través de una niebla, de un vidrio que lo melancoliza.









SOFÍA MORALES

Crítica de pintura. La Verdad. 1935.

RAMÓN GAYA

Se suele creer que existen sólo dos razas de pintores: el de intuición salvaje y el de talento cultivado. ¿Nada más?. Yo conozco muchas variantes. Conozco el de intuición cultivada o acariciada; el de talento natural y sereno; el de talento loco; el de inteligencia.

Visitando la exposición de Sofía Morales nos encontramos con un nuevo matiz. Sofía Morales es una pintora de intuición no salvaje ni culta, sino de intuición sabida por ella misma. Que ahí está la diferencia maravillosa entre su intuición y esas otras intuiciones derramadas, derrochadas, volcadas sin dónde, anónimas para siempre.

Sofía Morales "sabe" que tiene intuición, tiene clarividencia para verse a sí misma, pero su clarividencia no es de las que yo llamo inteligentes, ni siquiera clara, sino que más bien su clarividencia es de sonámbula. Sonámbulos son sus cuadros, y tienen todos ellos

un no sé qué de matinal con sueño.

Sabe que tiene intuición, pero no se preocupa de explotarla, de cultivarla. Sofía Morales se abandona a esas extrañas dotes que ella tiene de medium vivaz y alegre. Y digo alegre porque siempre parece que lo que esta pintora está a punto de revelarnos, de adivinar, es la primavera. Tanto, que al entrar en su exposición del "Círculo" tenemos un poco la impresión de penetrar un invernadero, con algo de pecera exquisita, o melar aún, de copa verde y clara.

Aunque no nos gusta señalar cuadros de un artista tan joven como es Sofía Morales, puesto que lo que interesa en estos casos no es tanto la obra misma como sus promesas, queremos destacar algunos óleos con cualidades muy firmes. Ahí están los números 26, 28, 25 y 33, que parecen avanzar hacia el espectador, cuando el espec-



tador tiene sensibles los ojos y las sienes. El número 26 "Mi patio" es de una delicadeza, de una exquisitez en coger el "momento", que sorprende. El tema es casi nada, no hay asunto salvador allí, apenas unas hojas, un tronco, un muro, y sin embargo, Sofía Morales ha sabido llenar su "cuadrado" con lo que tiene la naturaleza de más difícil de apresar para un pintor: el aire, el calor, el latido, la vida. Igual decimos de "Torretas", "Solares" (aunque esté un poco crudo de color) y la acuarela número 4: "El árbol".

Pero el cuadro que nos ha entregado más claramente la personalidad, el matiz, la "fisonomía" especial de la pintura de Sofía Morales, es el señalado en catálogo con el número 22. Allí unos objetos de tocador, un frasco, una polvera, que están, si no enteramente mal pintados, sí con vulgaridad, sin esa vida misteriosa que tienen indudablemente las cosas muertas. Pero hay también allí un espejo,

y en ese espejo se refleja maravillosamente la polvera y el frasco, con la vida, o mejor aún con el alma que pedíamos.

No, este cuadro ("Tocador") no es el que más nos gusta, pero sí el que más nos dice de las extrañas facultades de esta pintora.

Sofía Morales parece vivir y copiar un mundo real pero transportado a no se sabe qué ambiente sonámbulo, de sueño, de transparencias.

Quizá el mundo que ella ve es ese que habita en el fondo de los espejos, palpitando tan misteriosamente, lejano, luminoso, tan distinto del que nos rodea.















Sabia Moush...





ANTONIO MORALES MARÍN

Madrid 19 de Enero de 1977 -nubladísimo- mediodía-

Querido sobrino Antonio: me siento feliz de haberte recuperado con una carta tan interesante y seria. Es como si en este día bilbaíno hubiera salido el sol. Abrir una carta es siempre algo nuevo, inesperado, como si antes no hubiera existido al sobre. (...) Me emociona te acuerdas de "Copa con violetas sobre bandeja de plata". Es uno de mis favoritos. Pero he de trabajar y trabajar sin descanso y no lo hago. Y si no se trabaja y se olvida uno de la vida alrededor, que tanto distrae, nunca se llega a nada. Se van quedando nuestros pedazos en el camino. Ya veo que tú no olvidas tu carrera, y, lo que es más importante, estás dispuesto a bucear en ella, a investigar, a darle techo a tus conocimientos, a no pensar con los demás siempre, sino a salirte a pensar bajo tu propio árbol, con tu mente, tu corazón (...)"

Cuando se me propuso mi intervención en el presente catálogo de Sofía Morales al tiempo que preparaba documentación para la muestra, encontré un epistolario familiar dirigido a mis padres, a mis hermanos, José Luis, Lorenzo -siempre con alusiones estu- pendas a mi hermana Rosa María, cuya hija del mismo nombre está magníficamente retratada en esta exposición cuando era una niña de pocos años-, y a Emilio. Es una correspondencia precisa donde se mezcla el comentario cotidiano, lo familiar, la preocupación por la salud, la economía, los estudios, etc., con comentarios sobre el último libro leído, el consejo sobre una película, el exposición " de moda", etc., y atinados puntos de vista sobre la política -hablo de una correspondencia de más de cuarenta años que asombraría. Repasado el conjunto de cartas pensé en hacer un glosario con notas, referencias, aclaración de nombres y paisajes, que suele ser tan aburrido y que a ella no le gusta nada. Sofía Morales, que conoce muy bien la literatura, conoce también la máxima de Celestina: "A quien das tu secreto, le das tu libertad". Ella, reservada, íntima, dice: "¿Cómo hablar de política, de sexo, de religión?. La persona se manifiesta con sus actos." Así que he decidido que la cariñosa, educativa, y creativa correspondencia va a quedar en el patrimonio hasta que ella decida lo contrario.

La carta que encadena estas líneas coincide con mi estancia en Huesca, durante el servicio militar. Allí, en mis ocios castrenses, escribí estas breves "Anotaciones sobre un tema pictórico de Sofía Morales". Sé que a ella le gustan mucho, y son las que cierran estas "cosas".

"Una ventana, una ventana basta a la melancolía" nos dice Luis

Cernuda desde un poema que amarillea con las páginas del "Suplemento Literario" creado por Juan Guerrero para "La Verdad" de Murcia. Una ventana.

Tras la ventana el pequeño filósofo Azorín contempla el Collado de Salinas: escribe, lee... la ventana es el escaparate de su vida. Otra ventana.

Y en el gran organismo cubista de la ciudad, las ventanas con los ojos que contemplan su propia vida. ¿Cuál es el detrás y el delante de las ventanas? ¿Qué hay detrás y qué hay delante? ¿De qué lado está la vida? Lo seguro es que la ventana nos da una vida; la de dentro o fuera en la vida otra, la otra vida.

(Y Sofía Morales, como ofrendas, va colocando junto a la ventana la jarra de agua fresca, el cesto con fruta, el paño blanco, la silueta amada...)

¿Qué hace que unas veces estemos con la otra vida, mirando, sintiendo, la otra vida, sabiendo que hay otra vida, y, en definitiva, meditando en ella, emocionándonos con ella, viviéndola?

("El otro día, era noviembre, vi que se me escapaba el otoño. El último otoño..." nos dice Sofía.)

Y esta presencia de la otra vida nos viene dada desde la nuestra. Que es, también, otra vida. Pero la ventana no divide dos vidas distintas, otras. No es puerta de una naturaleza vital a otra. ¿No es, más bien, la ventana, cristal de aumento, subrayado de la misma vida? Cuando la ventana permanece cerrada no hace más que devolver la imagen de su interior. La vida queda empequeñecida, dada en unos pocos datos, apenas insinuada a partir de unos objetos y, quizás, de unos rostros. Las ventanas lo son más, cuando abren sus hojas, es más ojo una ventana deshojada, que se desoja. Al otro lado está la extensión de nuestro mundo interior.

Hay que ser muy valiente, afrontar con mucho coraje, con furor, la vida, para afrontar una ventana de par en par. Es terrible. Es nacer. O deshacer. Como casi morir. Es una acción desesperada. Y, además, escuchar su sonido, su música. Porque una ventana nos habla con campanas. Hace realidad aquellas viejas "Les trois cloches" de Piaff. Marcan. ("Me acuerdo mucho de mi ciudad... Recuerdo el sonido de las campanas de la torre, me hace llorar cuando lo oigo").



SOFÍA MORALES. RETRATAR EL TIEMPO

ÁNGEL HARO

Enfrentarse a la obra de Sofía Morales es observar por una mirilla la parte más privada de la creación. Si pintar consiste en la capacidad de congelar el tiempo en un espacio inventado, ella está ocupada por un complejo juego extra-pictórico; sentir el paso de un tiempo por un espacio íntimo y personal. Con aparente ingenuidad, Sofía Morales repite los temas hasta la saciedad. Puede así constatar un hallazgo prodigioso, que cada fragmento de tiempo da a cada cosa o paisaje una entidad nueva, diferente al momento anterior. Ese sentido velazquiano de su pintura es la que la lleva a preguntarse más por el cuándo, que por el dónde o el porqué. La que la lleva a pintar sin cesar.

Los cipreses cerca de la balsa de su casa de Torrelaguna, su hijo Carlos, el vaso con pensamientos sobre la mesa de la cocina o su perro "Guantes". La obra de Sofía Morales, más allá de las temáticas, es una gran serie de retratos de la vida que fluye a su alrededor. No hay ningún interés por temas que no le sean cercanos. Y apresando el tiempo que atraviesa su cotidianeidad nos ilustra sobre el paso del tiempo por la nuestra. Obligándonos a detenernos, a acercarnos a un palmo de esos cuadros, generalmente de pequeño formato para leer a su vez el pulso y el tiempo de cada pincelada.

A pesar de esa pulsión íntima, Sofía Morales no hace una pintura doméstica. Lo magnífico es que no estamos ante una pintura "femenina" con la que cumplir los cupos de tendencia, sino ante una poderosa pintura que traspasa los géneros. Tal vez por eso, en un tiempo histórico donde a una mujer le era difícil tener el respeto como creadora en un mundo de hombres, ella lo tenía. Sofía Morales no es una artista a la que hoy debemos rescatar del olvido ya que su voz pictórica estuvo siempre en primera línea, tan solo se trata del gozo de volver a sentir cómo el tiempo se posa sobre la vida.









COLOR CAMELO

EMILIO MORALES MARÍN

Me gustaba ir a casa de mi tía Sofía, en ella todo era sosiego y tranquilidad, una casa confortable y silenciosa, donde disfrutaba rodeado de cuadros, adornos, viejas fotografías y libros. Libros por doquier. Una casa donde todo parecía transcurrir despacio. Adornada elegantemente con muebles ingleses, pequeñas mesas, cómodas con lámparas de luz tenue y largas cortinas de lino blanco delante de los ventanales. En el piso de arriba estaba su estudio y en el estudio, una pequeña cama que hacía las veces de sofá y que era mi refugio nocturno cuando me quedaba en su casa. Visitar el Prado a su lado era una aventura maravillosa. Verla emocionarse delante de los Goya, Tiziano, Velázquez. Recuerdo en una ocasión delante del retrato ecuestre del Conde Duque de Olivares, fijarse en una gran pincelada de óleo blanco que iba desde la grupa del caballo a la parte baja del muslo del animal, sostenido sobre las dos patas traseras, una pincelada de medio metro, “¡Qué animal!” decía. “¡Qué gran pintor!” y callaba, como si le rezase una oración o le diera las gracias en silencio. Ella había estado delante de ese cuadro, delante de todos los cuadros del Prado cientos de veces, de los que bebía dulce sabiduría a través de sus profundos ojos color caramelo. De ahí, del Prado, y antes en su juventud en Murcia del maravilloso aprendizaje con su maestro Joaquín en la escuela del Malecón. Este extraordinario pintor la animaba constantemente a que nunca dejara de pintar, pues en ella había descubierto a una artista con un temperamento y una sensibilidad que solo los grandes poseen. Joaquín y Velázquez, unidos en el universo de lo bello, y con ellos, Sofía. Los tres, ligados en la emoción de la verdadera pintura.



Sofia 1910

ARTE FEMENINO

CARMEN LAFORET

Uno de los más importantes testimonios de arte femenino que he visto hace tiempo, lo encontré la semana pasada en la exposición de la pintora Sofía Morales en la sala Kreisler, de Madrid.

No quiero decir con esto que el arte de Sofía Morales tenga que ser catalogado con el marchamo limitativo del sexo. El arte no tiene sexo, sino categoría, y el arte de Sofía Morales - la crítica ha tenido la palabra a lo largo de los años y quince exposiciones en España y el extranjero- tiene una gran categoría de originalidad y técnica y belleza propia.

Si hablo de arte femenino es porque Sofía Morales nos ha dado un mundo femenino, nos ha dado parte de su secreto auténtico de mujer en su obra. Y esto es muy poco corriente. Y hay que ser muy artista para lograrlo.

Descubrir un mundo auténtico, darse en este mundo que se descubre para los demás hacerlo de manera que ser verdaderamente el mundo nuestro, la visión nuestra la que demos; esa es labor de artista. La mujer artista se encuentra con limitaciones para su expresión, en muchos casos. Limitaciones de siglos de cultura eminentemente masculina, siglos de expresión de temas desde un punto de vista masculino. Y los temas llamados femeninos, los de las relaciones de la mujer con la vida, son los más intuitivos, comentados, desvirtuados y cargados de tópicos de todos los temas posibles. Por eso casi nunca la mujer descubre su feminidad auténtica, su mundo auténtico. Tiene miedo de caer en blanduras y busca expresar lo femenino tal como lo han "descubierto" los hombres de valía.

La pintura de Sofía Morales no tiene nada de femenina en el sentido tópico de la palabra. Pero hay un tema que se repite a lo largo de años de su producción artística, en que ella ha dejado libre su mundo de mujer. El tema es el de los niños. Y no es tema masculino ni femenino, sino universal en arte y vida. Lo femenino de esta visión de la infancia es que es la entrega del mundo de mujer, de la artista. Los niños de Sofía - todos parecidos como hermanos,

aunque no se parezcan- esos niños tiernos, misteriosos, graciosos, confiados, espectadores inquietantes del mundo adulto, esos niños de ojos oscuros que aparecen entre los demás cuadros de la autora, obsesivamente, dulcemente, pacientemente, son los niños que su instinto de mujer le llevó a amar y observar. Esos niños son el Niño eterno, que en la mujer es la promesa del niño de verdad, el que se puede tener, al que se puede dar vida. O su símbolo-

En 'un diálogo de Rabindranath Tagore, un niño pregunta a su madre dónde estaba él antes de que ella lo encontrase. La respuesta comienza con un "estabas en las muñecas de los juegos de mi infancia, y cuando cada mañana yo hacía y deshacía a mi Dios con barro, a ti te hacía y te deshacía". Los niños de Sofía Morales están formados por la observación de millares de gestos de niños, esos gestos que las mujeres guardamos en nuestro corazón. El gesto del reposo confiado del bebé sobre la estolidez del ama, el gesto de picardía, el de coquetería de un espíritu infantil que se revela de pronto. El gesto de asombro, de expectación, de curiosidad, que puede ser colmada o frustrada en la vida. Cada mujer tiene un mundo de niños suyo, varo, guardado, y no es el de su propia infancia, sino el de la infancia amada por ser vida nueva_ Sólo un artista puede expresado.

El mundo femenino de Sofía Morales, expresado con un arte tan serio, tan puro, tiene una importancia muy grande. Las mujeres están encontrando su expresión verdadera. Otra respuesta de mujer, un pequeño libro de poemas en prosa de Isabel Gil de Ramales, me llevó a esta misma idea de sinceridad, también en estos días en que, quizá por el tiempo primaveral, los comentarios sobre el tema de la mujer y el niño han sido innumerables en nuestra prensa. "Pasitos", la pequeña protagonista del poema, está captada desde algo que es también feminidad - y no blandura, y no falsedad, y no falta de calidad, sino verdad esencial -, está captada desde el goce de sentir al lado una vida y su desenvolvimiento y sus palabras. El goce de guardar la vida, de amar la vida en el niño que empieza a vivirla. Un goce de mujer.











OTRA FORMA DE ESTAR

VICENTE MARTÍNEZ GADEA

Hace pocos años, en el texto que escribí para presentar en el Museo Gaya la obra del que fuera su profesor, Ramón Pontones, incluí a Sofía Morales, junto con él, entre los “raros”. Los fascinantes pintores raros que, como antes hiciera Parmigianino, o mucho después Odilon Redon o Morandi, eligieron *otra forma de estar* en el arte.

Y también conté, porque me gusta leer y repetir esas cosas, cómo en unas entrevistas a personajes influyentes del arte actual, el poeta y crítico de arte del New Yorker, Peter Schjeldahl, al ser preguntado por cuales consideraba los artistas más interesantes del panorama del arte contemporáneo contestó con valentía: “Los artistas me interesan por el modo en que consiguen no formar parte de ningún panorama”.

Sofía Morales parece hacer su extemporánea obra solo para ella, pintando solo lo que le rodea, solo lo que de verdad siente. Esa forma de estar, esa independencia, ese desapego de los *vientos favorables* del momento, se convierte en rareza y pone en clara evidencia las *carreras* de tantos artistas (parece que más ávidos de reconocimiento que necesitados de expresarse) que rebuscan en el *panorama del arte* más que en ellos mismos.

Así, eligiendo la sinceridad, la soledad, el candor, el mundo propio, reservando para ser pintadas unas pocas pero importantes cosas de su vida, siendo la propia *primitiva* de su arte, como dijera de sí mismo Cézanne, Sofía Morales ha construido una obra de nivel inmenso en los humildes tamaños de sus lienzos.





Con el productor cinematográfico Samuel Bronston

PEDRO ALBERTO CRUZ FERNÁNDEZ

“La pintura es una vocación tan fuerte como una religión. Si en esta vocación no hay una entrega total para llegar a un misticismo pleno, a una sobriedad, a una pureza, la obra de arte siempre quedará como hueca”.

Sofía Morales

El acto de pintar, identificado con lo que desde el Renacimiento se conviene en llamar “creación”- porque en él se produce un proceso de gestación “de dentro a fuera” que queda reflejado en el soporte-, no sólo es, por lo apuntado, una mera función mecánica apoyada en resortes técnicos repetitivos, monótonos, desarrollados una y otra vez con habilidad amanuense. Al unir “acto” y “pintar” –incurriendo en una redundancia consciente- a “crear” lo que se hace, si de verdad se quiere articular un discurso sobre la pintura que conduzca a alguna parte, es completar un triángulo equilátero que asegure el equilibrio y exponga en la agudeza de sus vértices la realidad que hace distinguir lo que es arte de lo que no lo es.

No toda manifestación puede incluirse en la superficie delimitada; no toda obra posee la cualidad de proyectarse y la propiedad de asentarse sobre una base sólida; no toda expresión es capaz de transmitir emoción, sensibilidad, fuerza, sosiego, inquietud, belleza..., vida en primera y última instancia, porque es esa la misión que corresponde a todo acto creativo: la de dar a luz algo con vida propia y que, a su vez, contenga en su esencia –en su forma intrínseca- una porción de vida del que se la ha dado.

“Mi lucha para lograr pintar ese cuadro sencillo y vulgar como tema debe ser la de lograr que esas dos patatas vivan, permanezcan dentro de su ambiente, de ese trozo de aire, de tiempo, de vida, que pertenecen a la propia existencia del pintor”¹.

El artista, mentaliza su visión de las personas, del paisaje, de las cosas –y no se olvide que cualquier toma de posición, cualquier punto de vista o de enfoque es subjetivo- en un proceso en el que el primer paso consiste en fragmentar la realidad –por pura impotencia física no se puede abarcar la totalidad, incluso cuando se representa un objeto “completo” sólo se recoge una porción del espacio que lo contiene- para hacerla próxima, entendible en “su propia existencia”, para conferirle una categoría temporal que reta al

soja 400/1





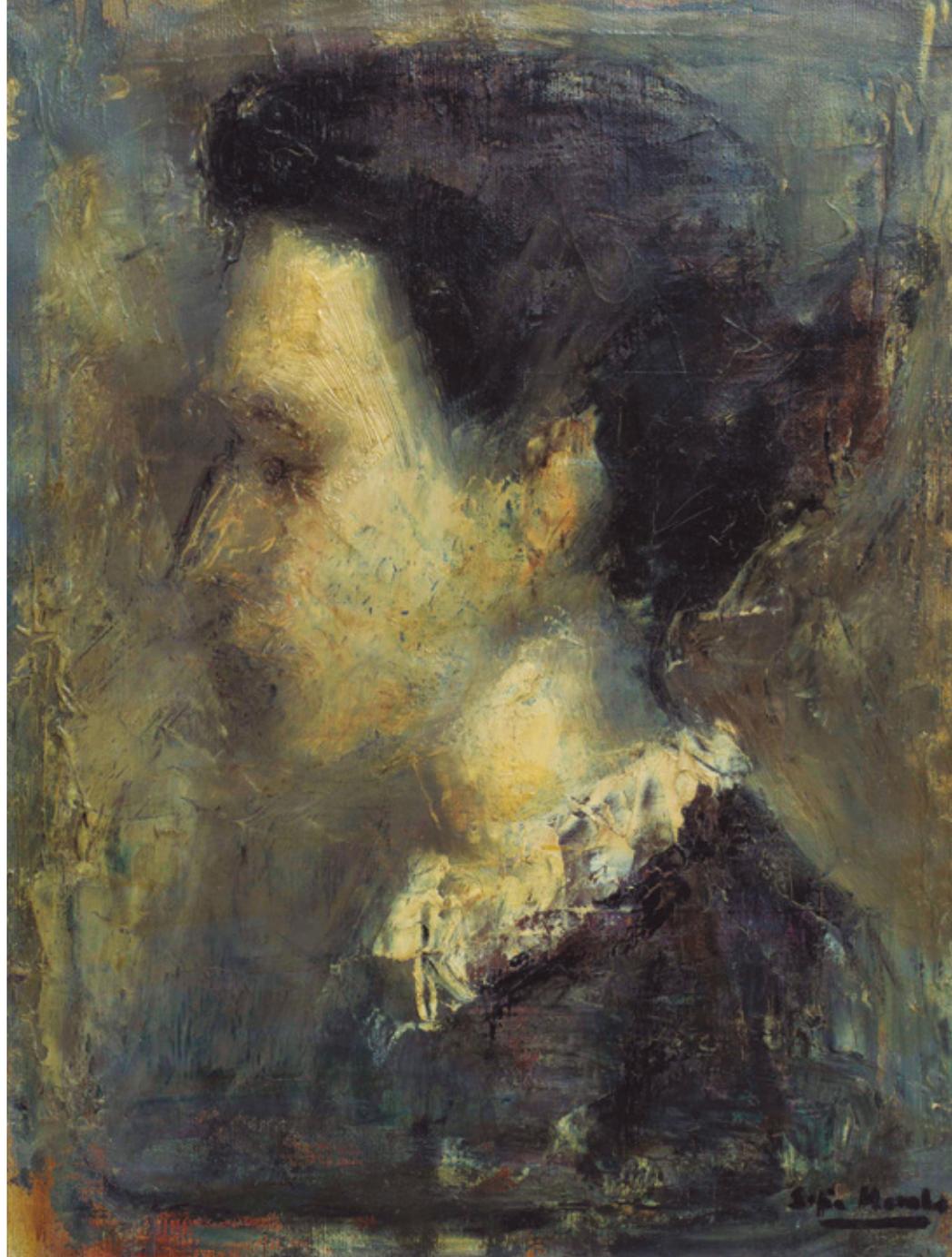
tiempo dando permanencia a lo recogido y guardado en la húmeda y oscura oquedad interior. El interés por la aprehensión global y su posterior reflejo en el soporte, no es más que la vacua demostración de la incapacidad o del ego ensoberbecido que ha brillado en épocas pretéritas o que se ha utilizado para marcar un “antes” y un “después” en la pintura. En ninguno de los dos casos se actúa con corrección, e incluso lo discutible de la evidencia pone de manifiesto la necesidad de parcelación de la realidad para su comprensión.

El segundo paso, una vez devenida la interiorización del fragmento, consiste en la exclusión de todo lo aleatorio hasta dejar la imagen retenida desprovista de cualquier elemento engañoso. El carácter dual de la imagen –por un lado el de apariencia y, por otro, el de espejismo- induce al error común de considerarla con los mismos rasgos distintivos y definitorios de lo que representa. El establecimiento de identidades, de relaciones miméticas que tratan de justificar la apariencia con el “objeto”, no es más que la justificación de la falacia de la que se nutre el virtuosismo para servir en “soporte”

de plata la vaciedad más absoluta. La imagen, literalmente, es el resultado de la lectura de un texto cuyas sílabas, palabras, párrafos y capítulos tienen sentido en el libro y nunca si se pretende mostrar la visión de la parte por el todo.

Despejado el camino la imagen queda desprovista hasta de su propia identidad –de ese hilo de Ariadna que la mantenía unida a la ilusoria pretensión de permanecer incólume a la acción de la mirada que la desgajó- para, en el tercer paso del proceso, pasar a adquirir otra nueva en la que la apariencia sólo sirve de recordatorio de su origen primario. La imagen, causa de la representación, se convierte en una nueva forma visual que, ahondando en el proceso, todavía precisa dar el último paso –el “misticismo pleno”- en ese camino en el que el horizonte no es el límite.

La unión, como una dación mutua en la que el abandono resultante de una de las partes no agrade su dignidad, supera los esquemas físicos desde el inicio de la fase creativa interior. Ésta, al no



ser entendida en su justa dimensión, es asimilada al impulso, a la inspiración casual, al encuentro fortuito siempre condicionado por el azar, convertido en protagonista supremo al faltar la conciencia de la propia intervención. Parece, y la defensa de este principio de irracionalidad es amplia, como si molestara la intervención rectora mental -el proceso que venimos analizando- en la gestación de la pintura en cuanto obra de arte. Si esto fuera así, si la acción de pintar fuese consecuencia del instinto, ésta no tendría sentido por repetitiva y su lenguaje sería único, permanente e incambiable. Sabemos, por la evidencia, que la uniformidad artística no existe -la propia esencia humana habla de la continua ruptura de patrones-, y en la diversidad de visión, de interpretación, de plasmación es donde se encuentra la grandeza y se justifica el arte.

La unión se produce en la intimidad del esfuerzo comprensivo y en el respeto, y el fruto desarrollado y maduro precisa volver a la "luz" externa y mostrar -el cuadro es la parte material e imprescindible- las cualidades adquiridas durante el proceso, entre las cuales -y

fundamental- está la de ser contenedor de vida, nueva y diferente. La pincelada aborda la superficie del soporte portadora de un "espíritu" diferente al de la imagen -ya- pretérita, y construye con acumulación de materia, con transparencias, veladuras, manchas, luces y sombras la forma neonata, insuflándole el ánimo, la chispa vital conferidora de identidad independiente, desarrollada allí donde los reflejos no encandilan y otros ojos "saben" ver la esencia.

"Para ahondar en el cuadro, para dar profundidad a lo pintado, hay que tener no sólo un oficio, sino una fe. Para mí, la pintura es una intimidad, un algo que ha de convivir con los seres humanos".

El acto de pintar, después de la transformación íntima que sufre el objeto hasta adquirir una identidad distinta, deviene en un ser lleno de vida que justifica su existencia en cuanto la comparte, "convive", con aquellos que se acercan a él y son capaces de comprender su significado. Lo creado no puede permanecer oculto, escondido tras el velo del egoísmo porque en su naturaleza está el darse, ya

que proviene de una entrega generosa y desinteresada hasta el extremo de la negación de su entidad en el nuevo ser, en el que, sin embargo, permanece como materia reconocible, como soporte de la esencia transustanciada en sus formas.

Hasta ahora, el discurso se ha articulado tomando como base una serie de palabras –“acto”, “vocación”, “misticismo”, “fe”, “intimidad”, “creación”, “vida”...- extraídas del *credo pictórico* de Sofía Morales, de su forma de entender y sentir la pintura como algo más que un simple ejercicio sometido a los vaivenes del tiempo, de las modas, de los gustos de unos hipotéticos receptores a los que se debe satisfacer para asegurar la permanencia momentánea, fatalmente superada por el paso inmisericorde del tiempo que borra todo lo que no se ha escrito con la fuerza de la verdad y la convicción.

“Me daría pena que alguien se arrepintiese de haber adquirido un cuadro mío. Y más pena que lo comprase pensando en que el día de mañana puede tener más valor material. Los que compran cuadros para especular son como los que se casan con la muchacha que un día heredará a una tía rica. Quisiera que mis cuadros se los llevarsen por amor...”²

Estas palabras, en las que quedan reflejadas su personalidad, se ven plasmadas en hechos –cuadros- y cobran actualidad cada vez que se contempla una de sus obras, cada vez que el ojo –convertido en escrutador- recorre su superficie hasta encontrar la “abertura” que le permita adentrarse en su interior y comprender que hay detrás de la apariencia, de la pincelada, del color, de ese juego espacial “que permite que pase aire por todos lados”³, que subyace tras la forma... No es necesario, si el diálogo llega a establecerse en el terreno que la artista propone, tener noticia de las mismas, haberlas leído aparte del contexto visual: la propia imagen reconvertida, el ambiente creado, actúan dejando señales claras, nítidas, inconfundibles, para llegar a ellas, para separarlas en el análisis comprensivo y unir las después cuando se encuentra el verdadero sentido de la pintura. La palabra no se escapa de la imagen ni explica la imagen como algo diferente –siempre refiriéndonos a la imagen creada, al nuevo ser distinguido del “motivo” por la intervención taumatúrgica del artista-, tampoco se encuentra en la imagen como accidente o adorno, participa de ella, deviene de ella desde el origen. Si se llega a esta certeza, a este entendimiento, las incompatibilidades que todavía se pretenden argüir se desvanecerán dando paso a una mayor comprensiva del hecho artístico, del acto de pintar.

“Para Sofía, pintar es escribir y escribir es también como pintar”⁴.

“Es pintura literaria en el mal sentido de la palabra aquella que necesita apoyarse en anécdotas, pintura literaria en la buena acepción es, por el contrario aquella otra capaz de engendrar literatura, como ésta (*de Sofía Morales*) que ahora nos muestra la Galería Garbi de nuestra ciudad”⁵.

Pero estas palabras vertidas, tan profundas en su significado último, en el soporte transmiten su mensaje con tal naturalidad y espontaneidad, con tan delicada sutileza que en ningún momento, y eso desde el inicio, el espectador se enfrenta a una trama compleja, a una expresión entrecortada u oscurecida en la que los signos enredan el sentido y hacen fatigosa la aproximación al cuadro:

“La nómina de seres, objetos y situaciones que sustenta el mundo pictórico de Sofía Morales –galería Colmuela- transfiere un testimonio de vida sencilla. Hombres, mujeres, niños, los atributos de una escenografía familiar –ámbitos interiores-, y la mirada puesta irrenunciablemente en la tierra, en el paisaje. Un universo en calma, sin aristas; algo así como las *pequeñas virtudes* de lo cotidiano, de lo normal”⁶.

“La obra de Sofía Morales, produce una sensación de sosiego, de quietud sin estridencias, de tiempo parado en el instante preciso, llenas de un intimismo que fluye sin mayores rebuscamientos”⁷.

Todo se expone con la madura reflexión de la intimación, de la llegada a la esencia de las cosas, de los paisajes, de los seres, animados en su quietud por la “verdad” que representan en el discurrir del pincel, en la ubicación de la mancha que los hace transparentes, sencillamente asequibles en su impronta actual.

“Los (*cuadros*) de Sofía Morales no conocen la violencia, ni las grandes complicaciones técnicas, ni pretenden sorprender por el tema; los cuadros de Sofía Morales son de una endemoniada sencillez, de una trepidante armonía, de un *lujurioso* equilibrio plástico. No hay más obsesión en su pintura que la de no caer en obsesiones: ni de modas, ni de gustos, ni de mercado. Sofía Morales pinta cuando quiere y como quiere porque no es ella la que fuerza la pintura, sino la pintura quien la requiere y, por tanto, se deja hacer”⁸.

La fuerza de la pintura y la fuerza de la palabra –en cierta medida discrepamos de la literalidad del “requerimiento”- se asientan en el convencimiento plástico, en la primacía del sentimiento en cuanto



Sofia Morabe

entroncado en la función discernidora que elimina el exceso, en la conclusión de que la pintura precisa de la pintura para tener sentido, para ser lo que pregona y dar verosimilitud a lo que predica y no caer en maniqueas soflamas. Nada hay aleatorio, impreciso o fruto del azar en el proceso mental que transforma dibujo y color –mediante el acto creativo- en un ser vivo y capacitado para hacer sentir la vida que porta, y que no es otra, como en este caso, que la dada por su autora.

“Serenar las cosas es, para un artista, algo que exige simplicidad y esquematismo en las formas, huída de todo arabesco, de toda pincelada vibrante, de todo exceso colorista. Pero ello no significa que una pintura limitada en su paleta sea el polo opuesto del colorismo. Por el contrario, jamás un colorista –Sorolla, por ejemplo- muestra tanto que lo es cuando compone en la gama de los grises por armonía de matices. Este difícil equilibrio sobre la cuerda floja del gris es el que le permite a Sofía Morales sus mejores hallazgos. El colorista no actúa, entonces, por contraste de complementarios, sino su finura mejor. Es una realidad la suya traspasada por la nostalgia. Una reconstrucción de la realidad por medio del recuerdo. El recuerdo es el que lima las aristas ásperas del mundo, sumiéndolo en un agua transparente. Todo el mundo de Sofía Morales se diría que está visto a través de una niebla, de una visión que lo melancoliza”⁹.

¿Puede el ambiente influir hasta el extremo de determinar la trayectoria de una persona? ¿Puede la enseñanza recibida marcar el camino y escribir con letras de fuego sobre la piel el destino imborrable? ¿Puede, por último, la obra ser fruto de circunstancias anuladoras de la personalidad? Estas tres interrogantes abiertas a la especulación, e incluso a dialécticas enfrentadas, vienen al caso

por cuanto suelen aparecer unidas en el momento en el que se produce el enfrentamiento a la labor de una vida, y se supone que ésta es consecuencia de unos hechos primeros y que indefectiblemente dejaron su huella por encima del paso de los años.

A la primera –y sin tomar al pie de la letra lo escrito por H. Taine¹⁰: “Un pueblo recibe siempre el sello de la región que habita; pero este sello es tanto más fuerte cuanto más inculto y más primitivo es el pueblo...”-, se la puede apoyar con argumentos extraídos de la simple contemplación del entorno, de la trayectoria de la mayoría de los que dedicaron su trabajo a la producción artística, “atados” a la tierra por mor de “un sortilegio negativo cuando tratamos de personas que deben poseer unas inquietudes y unas necesidades por encima de la media. La universalidad del creador se desvanece en los atardeceres tibios y perfumados de la primavera, o se adormece en la modorra estival soñando con idílicas visiones que el sol abrasador no permite recrear”¹¹.

Pero, esta “visión” sería reduccionista si no aplicáramos medidas preventivas para evitar la generalización. No todos se dejaron seducir por los cantos de sirena, por la comodidad –denostada en la sociedad y no en ellos- que contribuía a apretar más el círculo asfixiante en el que se desenvolvía el arte en Murcia.

“Algunos han tratado de romper el círculo mágico, buscando en la lejanía del ambiente el antídoto al veneno terral, pues sabían que era necesario para su realización huir del marco, fatídicamente anquilosante, de Murcia. Huída, que no renuncia a sus orígenes. Unos lo consiguieron, creando su mundo y obra alejados del melifluido ambiente; otros, forjaron un estilo personal, sólido y coherente y alternaron la residencia, enfrentándose a públicos y mercados distintos. Flores, Gaya, Gómez Cano, Sofía Morales, Viudes, Molina Sánchez,



Hernández Carpe..., son algunos ejemplos citables para confirmar la teoría arriba expuesta”¹².

Sofía Morales fue una de ellos, y la beca concedida por el Ayuntamiento de Murcia el pretexto para desplazarse a Madrid y fijar su residencia, rompiendo el círculo y guardando la relación sin que ésta le supusiera dependencia. Salvador Jiménez describe el caso –al igual que el de otros muchos murcianos- rotunda y escuetamente:

“Todo eso lo fue madurando en frutos esta murciana que pintaba como quien lava, con naturalidad aparente y mucha exigencia, que escribía a las mil maravillas en un lenguaje lleno de portentosa gracia y hermosa sencillez. Sofía se fue de Murcia, como nos fuimos tantos otros, porque Murcia era una invitación a la escapada. Pero Murcia, la otra Murcia querida y deseada, siguió siempre viva en su intimidad”¹³.

La segunda pregunta, lanzada al viento de la duda, posee una clara intención aclaratoria de una realidad recogida en cualquier escrito relacionado con Sofía Morales y confirmada por ella y todos los que fueron sus compañeros: las enseñanzas recibidas de Joaquín, de ese pintor capaz de sublimar la materia y reivindicar –sin necesidad de farragosas teorías, sólo con su hacer- la pintura/pintura.

“Por entonces, Sofía era una niña traviesa y sonriente, alborotada en su loco corazón, aún con calcetines, que llevaba chocolatinas en los bolsillos y se iba, como quien parte para una gran aventura, camino de la pintura, es decir, del Malecón, donde en destartados barracones municipales y desnudos, Joaquín había montado una pitagórica y dialogante escuela.

Allí, en el decir más que en el hacer del maestro, aprendió Sofía a meter el cuadro hacia dentro, a ponerle a cada cosa la luz de la be-

lleza inconsútil, sin costura. Se olía a aguarrás y Joaquín, de porte siempre tan educado y reverencial, parecía un quijote que echaba por tierra y dejaba despanzurrados los viejos pellejos de la rutina académica. Lo aprendieron bien aprendido Sofía Morales y sus compañeros más sensibles: Eloy Moreno, Vicente Viudes, Molina Sánchez, Mariano Ballester”¹⁴.

“La materia es densa, por lo general, en todos sus cuadros, si bien por una técnica excelente, hija de la de su maestro Joaquín y de la propia personalidad de la pintora, se adelgaza y alisa para obtener óptimas calidades”¹⁵.

“Cecilia Morote, Pepita Guaita, Vicente Viudes, Eloy Moreno, Sofía Morales, Cati González y otros jóvenes estudiantes, en su mayoría, de la Escuela de Artes y Oficios, en donde impartía Joaquín sus clases, ansiosos por prolongar sus horas de estudio, pidieron al artista, dedicado a la enseñanza, su ayuda en clases particulares. Aceptó Joaquín aquellas clases informales que daba por medio de anotaciones que ponía en los trabajos en horas intempestivas. La libertad fue el mejor método para aquella academia, instalada en una reducida estancia que el Ayuntamiento cedió a aquellos jóvenes que tuvieron por *guía estética la tolerancia y la humana sabiduría de Joaquín*”¹⁶.

De esta relación –entre las innumerables ocasiones que Sofía Morales habla de él-, podemos escoger los que escribe en su “Datos autobiográficos”:

“Hacia el 33-34 conozco al pintor Joaquín. Se interesa vivamente por mi incipiente trabajo de pintora que sigue muy de cerca. Me hace trabajar en serio. Su sabiduría como maestro es grande. Abre su Escuela del Malecón donde abundan las alumnas: María Arnal,

Cecilia Morote, Pepita Guaita, Equito Ibarra, Josefa Luna. Entre los alumnos Eloy Moreno, Román Pérez”¹⁷.

En el desarrollo de las referencias, y para no ser más prolijos, se puede citar la adscripción que realiza Pedro Olivares¹⁸ al incluirla en el “círculo de Joaquín”, dando una importancia inusual a lo sucedido en aquellas clases. No cabe duda que la personalidad del pintor murciano, su manera de entender la forma y el color, no como dependencia y sí como manifestación del sentimiento, y, sobre todo, el sentido de libertad dado a la obra, anteponiendo la pintura a cualquier otra cosa, influyó en Sofía Morales y en su producción (a la pregunta de quién había aprendido más, ella contesta: “De Joaquín. De Joaquín he aprendido una *burrada*”)¹⁹, cada vez más intimista, más desdibujada y con ciertos toques expresivos –una vía de separación del maestro- que hacen escribir, cuando realiza exposición en la Galería Alex Cazelles, de París, “Sofía MORALES est une aimable espagnole fortement inspirée par son grand compatriote Goya; ses portraits de femmes et d’enfant sont délicats, plein de poésie, bien féminins, même un peu mièvres, de jolis portraits pour boudoir de femme élégante”²⁰; pero siempre dentro de la libertad aprendida, de la independencia que hacía consolidar su personalidad hasta imponerse a las circunstancias más solapadas. De la pervivencia de esas pautas y de la elaboración propia, García Viñolas –sin hacer referencia al pasado- escribe acertadamente en su





crítica a la exposición celebrada en la Galería Colmuela de Madrid:

“Ajena a la consabida norma de la composición, y a la consabida ley de la perspectiva, y al consabido canon con que se resuelve el clarooscuro en la gramática al uso del pintor, esta pintura de Sofía tiene todos esos saberes innatos como un producto natural, no aprendido, de la intuición que le confiere a su obra esa sencilla naturalidad de lo que no ha sido elaborado, sino que ha nacido como si manase por la gracia de Dios”²¹.

Nuestra pintora aprende y desarrolla su propia concepción de la pintura, en una meritoria entrega en solitario e individual, siguiendo una tradición local opuesta a las escuelas y al seguidismo, al menos declarado, de tal o cual “maestro” (es notable la diferencia con la escultura en la que la influencia de Salzillo todavía –en algunos casos, por desgracia- todavía se deja sentir).

“Esto se refleja a todos los niveles, participando la pintura de ello totalmente, hasta tal punto que el estudio de la pintura murciana, como hemos apuntado en numerosas ocasiones, es el de una serie de nombres, no el de una escuela que como tal...”²².

¿Es esto, en sí, negativo? No. Sofía Morales pinta lo que quiere y como quiere, respetando siempre la pintura, el oficio (“Yo soy una

obrero. Porque lo que llamamos arte es un oficio. En los oficios hay arte a condición de que se ponga amor en ellos”).²³, el buen hacer que aprendió de Joaquín y que es, en verdad, lo que ha permanecido en ella de este gran pintor.

Quizá la tercera interrogante haya quedado aclarada en lo dicho anteriormente, pero si la tomamos como algo distinto a la influencia de la tierra y el clima y al aprendizaje recibido, todavía quedan flecos sueltos, piezas por encajar hasta comprender la personalidad de Sofía Morales y su capacidad para sobreponerse a las circunstancias, que indefectiblemente parecían conducirla por caminos distintos a la pintura.

Sabemos que Sofía Morales Sandoval nació en Cartagena, el 18 de julio de 1915 (aunque fue bautizada en Murcia), hija de Antonio Morales Parra, oficial de infantería destinado en esa plaza, y de Sofía Sandoval Capdepon; que su padre enfermó gravemente durante unas maniobras, lo que le supuso la baja para el servicio activo, y a consecuencia de ello la familia se trasladó definitivamente a Murcia, donde el padre fallecería en 1939. Sabemos de sus inicios en la pintura, de las clases de dibujo recibidas de José Planes, de sus contactos con Antonio Garrigós y Luis Garay (“Llegan los años treinta. Doy clases de inglés y leo todo Salgari y Julio Verne. Una caja de acuarelas me pone al frente de la realidad que he de tradu-

cir como Dios me da a entender. Garay y Pontones se interesan por estos mis primeros trabajos. Pontones pinta, en nuestro patio, una parte en la que hay una columna que sujeta la galería. Por primera vez veo manchar un lienzo, y una paleta con pintura al óleo. Decido pintar en serio. Mi madre, encarga al ebanista, una caja como la de Ramón Pontones. Nueva sede de la Escuela de Artes y Oficios. Está dirigida por Planes. Dibujo la cabeza del caballo de Selene y al final de curso obtengo Primer Premio; el único galardón que tengo en mi larga carrera de pintora y que me enorgullece porque el diploma lleva la firma de José Planes. Primer cuadro al óleo: una naturaleza muerta, que me prepara, en mi casa, Garay. Un frasco de cristal y unas naranjas. Ya no dejo de pintar cada mañana. Por las tardes asisto a las clases de la Escuela de Artes y Oficios. Alguna que otra mañana visito, en su estudio, al pintor Luis Garay. Por las ventana de su espaciosos taller veo París. Visitas también a Garrigós, con Vicente y Loli Viudes, para aprender de su entusiasmo por el Arte, de su gran amor por Grecia. Y de Planes, en plena huerta, de su sobriedad y talento”.)²⁴ y del magisterio de Joaquín.

Sabemos del reconocimiento como pintora que ya empezaba a tener en estos primeros años de aprendizaje, tal como queda reflejado en las críticas recibidas en su primera exposición individual (Círculo de Bellas Artes, 1935)²⁵, y en su participación en la colectiva organizada por la F.U.E., en el Ateneo Popular, a beneficio de las Guarderías Infantiles, y en la que, junto a ella, intervienen, entre otros, A. Medina Bardón, Julián Alcaraz, Joaquín, Garay, Clemente Cantos, Sobejano, Torrentbó, Planes, Bolarín, Almela Costa, Garrigós, Gómez Cano, Eloy Moreno, Vicente Ros, Elías Ros, Rosique y Sánchez Picazo (en Nuestra Lucha, aparece una reseña sobre la pintora el 30 de septiembre de 1936: su obra es “una demostración de sus progresos y una prueba formidable del fruto de cierta escuela digna de los mayores elogios”.); de sus ilustraciones en El Liberal; de su activa participación en el denominado “Grupo Joaquín”, compuesto también por López Monje, Vicente Viudes y Eloy Moreno, dedicado a la elaboración de decorados y murales, primero en el Teatro Romea y desde abril de 1937 en la Escuela de Pintura del Malecón, donde alternaron esta actividad con sus estudios²⁶. Conocemos que el Ayuntamiento de Murcia le concede una beca para ampliar los estudios de pintura en Madrid, pero...

“-Me vine para trabajar en lo mío: la pintura. Me concedieron una beca, pero no me daba para poder vivir y busqué ayuda en el Periodismo. Hice la carrera, saqué el título de periodista, pero esta profesión te absorbe tanto –es tan bonita, tan preciosa y tan apasionante- que tuve que dejar casi abandonada la pintura, aunque

siempre procuré hacer un rato libre para coger los pinceles. Pero ya te digo, me vine a Madrid por la pintura.

“-Y cómo es Sofía Morales pintora?

“-Una persona que ha querido en todo momento pintar y que se ha visto negra para poder llevar adelante su empresa. Primero por el Periodismo, y luego porque te casas y los niños pequeños y la casa te roban todas las horas del día”²⁷.

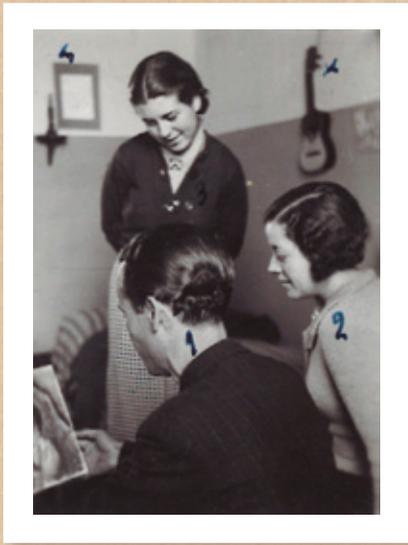
El “culpable” de este cambio (aunque no hay que olvidar que su primer artículo lo publicó en la revista “Y”, y recogía sus impresiones sobre el primer campeonato de gimnasia organizado por la Sección Femenina, en los que ella participó como componente del equipo –del que fue fundadora- de Hockey sobre Patines de Murcia; y que a partir de ahí, su carrera periodística fue imparable, como recuerda María Arnal, compañera en Jesús María, en la Escuela de Artes y Oficios, en la Escuela del Malecón y como redactora-jefe en la revista Bazar) fue Manuel Augusto García Viñolas, que le ofrece el puesto de redactora en la revista de cine Primer Plano, de la que fue fundador. Convirtiéndose desde este momento en pieza clave para conocer y comprender en mundo del cine y sus “entresijos”.

La pintura parecía quedar aparcada, primero por la dificultad de abrirse camino y vivir de ella en aquel Madrid de la postguerra, que bastante tenía con ir restañando las heridas y mirar al futuro como vía de escape a la realidad; después por esas circunstancias descritas con su peculiar gracejo (“¿Cuál es el deporte²⁸ que más favorece a una mujer? El conducir un Jaguar”, responde a un entrevistador que se interesa por su afición al deporte) y la espontaneidad nunca hiriente, siempre amable y dispuesta, que ha caracterizado su conversación y su trato (“Porque Sofía Morales se ha entregado a la mística de la pintura, a la mística de la conversación y al iluminismo de la cotidianidad”²⁹. “...hago las cosas de la casa y luego pinto un rato. Hasta que a lo mejor llega una persona a quien no había visto en siete años. Y entonces se acabó la pintura. Porque la amistad, para mí está por encima de todo. Y cualquier ser humano, cualquier necesidad del hombre; no digamos ya de mi marido o de mis hijos – Manuel Olivar Despujol, natural de Menorca, en cuya capital, Ciudadela, la familia posee el denominado palacio de Olivar, construcción del primer tercio del siglo XVII, Carlos y Sonya-. Que es una maravilla ser artista, pero es infinitamente más maravilla el hombre”).³⁰, que la apartan –es un decir- de lo que ella considera su alma:

“El periodismo es como mi cuerpo. Me hace andar, moverme, ver... La pintura es mi alma. Cuando estoy pintando se me ocurren cosas para escribir; cuando estoy escribiendo me vienen a la cabeza temas para pintar”³¹.

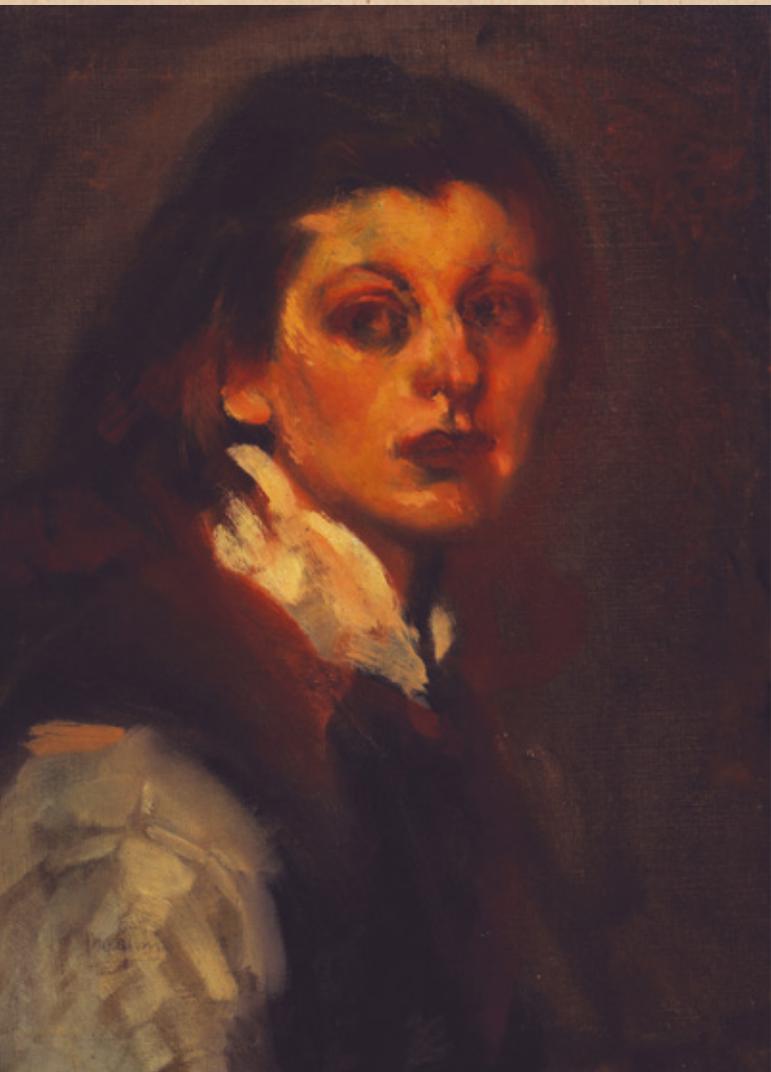


Eugène Delacroix



Con Joaquín en la Escuela del Malecón

Retrato de Sofía Morales del pintor Joaquín







1935. Exposición individual en el Círculo de Bellas Artes de Murcia

El cuerpo no puede existir sin alma, y el alma, para manifestarse en el plano físico, precisa del cuerpo. El alma confiere esa fuerza interior que actualiza y motiva, que mantiene latentes las ilusiones y espera –en una especie de letargo “activo”– el momento adecuado para hacerlas práctica y realización; el cuerpo cumple, en la apariencia, una misión más prosaica, pero necesaria en cuanto la dota de los medios materiales precisos. Esas circunstancias –adversas si son revividas desde la mirada ajena– que mantienen “fuera del circuito” a Sofía Morales, que hacen que su pintura no sea contemplada en exposiciones hasta 1951 (en la Galería Estilo de Madrid, y en una colectiva de pintura española moderna en Biarritz), no son tan determinantes como para torcer una “vocación que es tan fuerte como una religión”.

Las respuestas obtenidas tras el análisis de las tres interrogantes nos llevan, necesariamente, a la conclusión de que Sofía Morales nace pintora (“Te quiero decir que es una gracia que el hombre no puede tener si no la recibe: Dios a unos los hace artistas, y a otros

no. Por eso, porque administramos algo imponente que nos desborda y que nos lo han dado... hay que utilizarlo como Dios manda”).³², se considera pintora, y ni el medio, ni el aprendizaje –con lo importante que fue– ni las circunstancias pudieron torcer su voluntad de serlo y su sentido de creación propia y personal basada en la vida: “Una ventana da a la vida, no da a la calle”³³.

La labor periodística de Sofía Morales no puede considerarse alejada del campo creativo, por cuanto gran parte de ella estuvo dedicada a la crítica de cine (siendo cofundadora de la revista *Primer Plano*, “Fue *Primer Plano* la revista sobre cine que enseñó a varias generaciones a mirar; en ella con sus críticas de Cándida –que recuerda con elogio Mercedes Fórmica en sus memorias–, sus reportajes “descubierta en los estudios”, o sus divertidos pies de fotos, se estrenó Sofía Morales en el cine (García Viñolas la retrataría en su *Boda en Castilla*). Con el tiempo *Ya*, *7 Fechas*, *Fotos*, *Sábado*



Gráfico, etcétera, conocieron sus escritos”).³⁴ y teatro (“después se ocuparía del teatro en Telva y Siete Fechas. Shakespeare, Dürrenmatt, Emilyn Williams, Max Frisch, David Rabe, Gala, etcétera, pasan por su punto de vista”).³⁵, por cuanto la propia acción crítica, el desarrollo de una teoría o interpretación a partir de un hecho dado, se traduce en una “obra” nueva, dotada de valores distintivos. La crítica no es una mimesis de la realidad dada –la obra-, un remedo descriptivo que reproduce literariamente lo “que ya se ve” (ese viaje no necesita alforjas, y es mejor que sea el propio espectador el que “vea” y “oiga” y organice su discurso particular, comprensivo). La crítica, quizá al contrario de lo que decía Baudelaire, surgida del conocimiento debe dejar sólo una pequeña parte a la subjetividad, sin por ello anular la parte personal que es, en última instancia, la que le confiere su carácter creativo.

En el análisis de los valores intrínsecos de la obra –y estamos convencidos hasta el punto de ser práctica habitual-, en el desvelamiento de “los lugares ocultos”, en el desciframiento de los códigos

y su posterior aplicación a la lectura coherente de la obra, y en la introducción de los valores personales –que pueden llegar, incluso, a anular el pretexto- es donde la crítica desarrolla su propio campo de actuación, donde se diferencia y se convierte en “producto” creativo distinto (tan digno e importante como el motivo, del que vive y del que se sirve al igual que éste se ha servido de la naturaleza –en su sentido global- para transformarse en pintura, escultura, cine o teatro). Para que este análisis, y posterior elaboración del texto, tenga el grado suficiente de credibilidad es condición imprescindible el conocimiento de la materia y de los que la hacen. Estar en el lugar donde se “cuece” la noticia y comprender, fuera de halos y otros afeites, a la persona y valorar su esfuerzo.

Muchos son los ejemplos que se podrían poner de la relación de Sofía Morales con el mundo del cine y del teatro, pero, por la personalidad y la importancia de la actriz, sólo recogemos la que mantuvo con Ava Gardner en el momento en el que se conocieron, según los recuerdos de María Asquerino:



“A los pocos días, Edgar Neville, que había ido a recibirla a Barajas, dio una fiesta en su casa (...) Creo que fue en esa fiesta donde Ava conoció a dos periodistas de la revista *Primer Plano* que formarían parte de su *peña española* durante mucho tiempo: Sofía Morales y Vic Rueda. Los dos eran periodistas atípicos y los dos la adoraban. (...) Sofía Morales era pintora, muy cinéfila. (...) En los cincuenta no había fiesta a la que fuera Ava donde no estuvieran Vic y Sofía. Las crónicas de Sofía Morales y Vic Rueda en *Primer Plano* son un documento inapreciable a la hora de retratar la *sociedad alegre* de la época. Morales y Rueda mantenían con Ava una relación en la que se mezclaba la amistad y la idolatría. Formaban parte de la comitiva, siguiéndola de fiesta en fiesta, de la mañana a la noche. Son textos fiables hasta cierto punto, como casi todo. Está claro que jamás aparecerá en ellos nada que pueda empañar la imagen de la diosa, pero, a cambio de esa lealtad, logran alcanzar una forma de intimidad que a otros les estuvo siempre vedada”³⁶.

Sofía Morales no practica la crítica desde posiciones radicales –de hecho, sus primeros escritos tienen más que ver con el “mundo” del cine, con el ambiente, que con la crítica en sí-, desde la versión perfeccionista (tan frecuente en las artes escénicas) que suele incidir en el mecanicismo operativo. Para ella, y coincidiendo con su valoración de que lo primero es el hombre, es mejor destacar lo positivo y obviar lo negativo.

“- Sí, es muy duro para mí esto. ¿Sabes el truco que tengo para no pasarlo mal al tener que meterme con alguien...? Es el siguiente: voy solamente a ver las obras de teatro que sé de antemano que son muy buenas, y de esta forma no me veo en la situación de tener que darles un “palo”... ¿Qué quieres que le haga...? a mí me da mucha pena que una obra –que tanto trabajo cuesta montarla- se venga abajo porque los críticos y la gente comiencen a meterse con ella...”³⁷.

La franqueza de la declaración –con la cual se puede estar o no de acuerdo, pero suele ser práctica común entre los que ejercen la crítica- vuelve a resaltar el carácter de la artista, que sabe que cualquier proceso creativo, incluso el de la crítica, requiere de grandes dosis de renuncia, humildad y respeto sin que ello asegure la bondad final de la obra, el acierto y la calidad del escrito; aunque, y esto encaja con la honradez exigida, en la tela blanca de la representación no se deje pasar por alto un lunar, porque está allí.

“Este don Juan, que ama a la geometría más que a las mujeres y que deja plantada a doña Inés en el altar, negándose a dar el sí. Que admira a los árabes por ser autores de hermosos libros de geometría. Y que si se bate es porque le obligan, no por triunfalismo como



Sofía con su sobrino Emilio. (que posó para el cuadro de arriba el día de la muerte de Picasso)

espadachín, es un don Juan, en principio, bastante diferente, pero, en cambio, Frisch ha atinado a darnos algo muy real: el don Juan que acaba casándose con dama rica de pasado dudoso para tener asegurado un plato caliente a la mesa. Escena final que es toda una definición del hombre que gallea para, al fin, acabar calladito, a la sopa boba, en una mesa bien dispuesta, pero lleno de tedio, de aburrimiento. Crítica habilísima de Max Frisch a los donjuanes españoles y a todos los que en el mundo son.

Puestos a poner un pero, la obra peca de demasiado largo y pesa un poco.”³⁸

Pequeña objeción, pero atinada porque los tiempos en teatro, en cine, son distintos a los de la pintura. En estos, es el espectador, el visitante, quien los hace, quien los alarga o acorta a voluntad, según la obra despierte mayor o menor interés en él; en aquellos, vienen dados por el texto, la adaptación o el montaje: el espectador está inmerso en un tiempo impuesto, manejado, predeterminado por el inicio y fin de la función, o sometido al rigor del metraje y la siguiente sesión numerada. El espectador siempre es sujeto: pasivo en la representación, activo en la plástica (refiriéndonos siempre al tiempo). Sofía Morales sabía todo esto cuando empieza a escribir, al final de su vida periodística, de teatro, por propia experiencia.

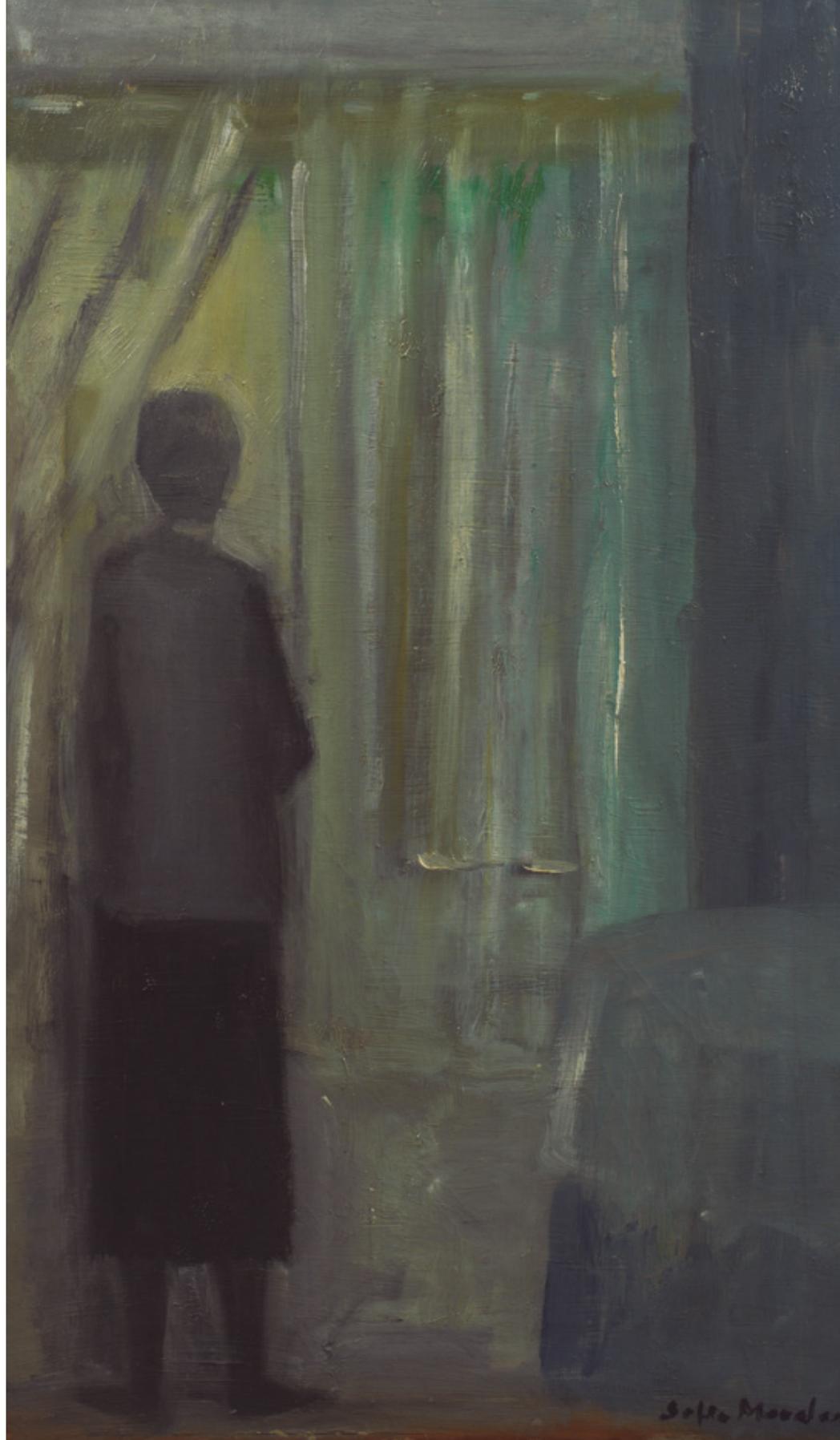
“Más desconocida es su labor como dramaturga. Fue Lili Murati, la exquisita actriz húngara, la que estrenó en el Teatro Reina Victoria de Madrid, en 1954, una comedia titulada Telón de Cristal. Una historia que recordaba la trama de Sucedió una noche, de Frank Capra. Estaba escrita en colaboración con José de Juanes.”³⁹

Años de trabajo, años de esfuerzo compartido entre la pintura y la escritura, entre el periodismo y el arte sin que ninguno llegara a eclipsar al otro, hasta que la pintura llega a imponerse como actividad principal en la década de los setenta (dato fácilmente comprobable si se tiene en cuenta el número de exposiciones realizadas).

“- ¿Cómo nace la pintora Sofía Morales?

- Desde el balcón de mi casa de Murcia, pintaba ya. Creo que a un pintor debe interesarle todo. El tema es lo de menos. El cuadro es el todo y lo que importa es que esté bien hecho. Yo he pintado siempre. Y cuando pintas mucho, mucho, notas que lo haces mejor. El secreto del éxito es el trabajo”⁴⁰.

¿Cómo nace la pintora? A lo largo de lo escrito queda clara la convicción de Sofía Morales de que el pintor “nace”, que ya se viene a



Con el pintor y académico Pedro Cano el día del ingreso de Sofía en La Real Academia de Bellas Artes de Santa María de la Arrixaca de Murcia

este mundo con esa cualidad y que se tiene la obligación –el deber- de desarrollarla. Esto hace que su sentimiento –la vocación ordenada a la consecución de un fin, esto es, la dedicación a la pintura- de estar en el camino adecuado no se vea frustrado por ninguna circunstancia adversa, ni tan siquiera por la otra actividad que le da nombre y le permite desarrollarse como mujer y persona.

El inconveniente de su condición femenina –que en Sofía Morales no llega a convertirse en obstáculo casi insalvable- interfiere en ocasiones, aunque sólo sea en el establecimiento de comparaciones o cuando, con toda la buena voluntad, se recurre a argumentos para legitimar su presencia en el arte y se destaca como algo extraordinario –fuera de lo normal-, y destacable.

“La mujer actual, en su incontenible afán de superación, está marcando hitos. Su quehacer cotidiano, y demás actividades en un sentido y aspecto extraordinarios, van encaminados hacia unas metas más originales y mucho más logradas.

Y ni que decir tiene que, en el campo de la cultura se está apuntado muchos y valiosos puntos positivos... En este caso, en el del arte pictórico, cuando toma lápiz, pincel y espátula realiza una tarea artística con unos excelentes resultados (en muchos de los casos, afortunadamente); lo cual supone una apreciada aportación al arte de nuestros días”⁴¹.

“-¿Está la mujer menos dotada para la creación?

-No creo que el arte tenga sexo; es algo universal. Es posible que el hombre cuente con más ayuda (...) El hombre sabe despegarse de la familia a la hora de trabajar; la mujer, a veces, tiene que conformarse con hacer una obra pequeña”⁴².

“No hace mucho, escribió la novelista Carmen Laforet: ‘El arte no tiene sexo, sino categoría, y el arte de Sofía Morales tiene una gran categoría de originalidad, técnica y belleza propia’.

Esto me viene a la memoria cuando hace unos días, un grupo de pintoras me hablaba del absurdo prejuicio que para el arte femenino tienen algunas galerías de arte, que a la corta o la larga, son las que imponen a las *estrellas*. Pero cuando la obra no está condicionada por el sexo –aquí están los ejemplos de Menchu Gal, Olga Shakaroff o Sofía Morales- esas prevenciones, esa animosidad, esos prejuicios, quedan diluidos, sin sentido”⁴³.

Queda clara la situación de la mujer, en esos ya avanzados años del siglo XX, y la posición de nuestra pintora que, sin renegar del papel que cree le corresponde, no establece distingo, no se con-

sidera “especial”, acerca el blanco al punto de mira y dispara con fina ironía, con certera perspicacia (recuérdese como se sirve del personaje de don Juan en la crítica que realiza de la obra de Frisch) dando en la diana del ego masculino, centrado “en” y desentendido de todo lo demás.

“No cree que la mujer trascienda en la Historia. Ni que deba trascender:

-Sólo debe dejar un buen recuerdo. Si es guapa, todos quieren pellizcarla. Si no lo es, entre los hombres resulta molesta. No es que sea inferior. En pintura puede pintar con la misma calidad de un hombre, pero carece de tiempo, porque las mujeres siempre terminan casándose. Como pintora no he competido jamás, no he deseado un premio. Si acaso me gustaría estar en un museo”⁴⁴.

Ella no compite, no abandona las “otras” obligaciones, arrastrada por el torbellino creativo, por la necesidad de darse importancia y tratar de arrebatar por todos los medios a otros el papel de protagonista en el drama de la vida. Esto, que podría considerarse una postura acorde con su tiempo, es de una profundidad mayor de la que aparenta, y queda reflejado en su pintura como unos de los rasgos definidores de todo su quehacer. Y su fundamento se encuentra en la seguridad, en el convencimiento de seguir una vocación –para la que siempre se encuentra tiempo sin restar tiempo para las demás cosas- cuya única exigencia es la de pintar y pintar bien, la de dar en cada cuadro todo lo que atesora en su interior, quizá sólo guardando el sufrimiento (ese componente tan personal del ser humano –que según ella forma y hace sentir la vida- que difícilmente puede trasladarse sin que se convierta en catarsis, en terapia, algo totalmente ajeno al sentido que Sofía Morales da al arte, a su arte).

En el desarrollo de esta aproximación –sin pretensiones biográficas- a la vida de Sofía Morales, y cada vez que hemos hablado de su pintura, la palabra “intimidad” ha surgido necesariamente asociada a su obra, no mencionándose nunca “esfuerzo”, “ejecución trabajosa”, “alteración del lenguaje”, “gesto” (si acaso, como ya encontramos en la crítica a su exposición en la Galería Alex Cazeilles de París, un cierto matiz de toque goyesco en las obras de los años cincuenta, que también es destacado en Tangier Gazette en el comentario a la exposición que realiza en la Galería Provensa: “Señora Morales obviously admires Goya, and with that admiration we certainly have no quarrel, but too many of, of her paintings look like Goya’s seen *as through a glass, darkly*.”)⁴⁵ o cualquier otro adjetivo que indique ruptura o enfrentamiento. Y esto, porque su pintura



Con José Martínez Ruiz "Azorín"



fluye, con los normales tempos marcados por el paso de los años, constante, sin avenidas, pero depositando el limo vivificador que, debidamente irrigado por la intención, por la emoción nueva que supone contemplar cada día lo iluminado por el sol, será el sedimento sobre el que crezcan las obras, crezca ella como pintora.

“Vuelve estos días Sofía Morales a su tierra natal para exponer en la Galería Chys cuadros sobre paisaje, bodegón y figura humana. Nueva ocasión para confirmar la recta trayectoria de una actividad ya veterana, definidora en todo momento del estilo, que se ha mantenido desde el comienzo sin cambios sustanciales ni mucho menos violentos y tan sólo acusada la evolución por la destreza y la depuración de las propias superaciones. Lo cual es el triunfo, en

definitiva, de la sinceridad plástica como consecuencia de una personalidad que siempre ha contado en sí misma con las suficientes posibilidades de expresión, con un lenguaje adoptado desde el principio tan convincente que en nada podía beneficiarse con las mutaciones por ocasionales influencias”⁴⁶.

Da igual que sea el retrato de niños (temática a la que se la quiso afiliar casi en exclusiva, y que a ella nunca le ha molestado, por su particular interpretación del mundo infantil, no necesariamente edulcorado y sí tierno, con la ternura de unos ojos que ven en la quietud de la figura –nunca en la inmovilidad- toda la vida que queda por vivir y que refleja en su mirada la interrogación expectativa de quien demanda conocer su futuro), tratado



siempre con ligazón integradora y, a la vez, con la soltura suficiente, con la “inconclusión” que deja todas las puertas abiertas, pues, para ella, el retrato no congela el tiempo, éste sigue pasando para que el ser humano se realice; no precisa ser mimético ni en el parecido ni en las circunstancias, las similitudes deben encontrarse en la relación espiritual establecida entre el “personaje” y su representación.

“Sus retratos del mundo infantil (...) son algo más que retratos, son un descenso profundo y psicológico al ambiente envolvente del mundo juvenil, meritísimos por cuanto demuestran profundidad y conocimiento de un universo de formas y lirismo al que pocos artistas prestan verdadera atención”⁴⁷.

“Los niños de Sofía Morales viven siempre en un delicioso e ininterrumpido sueño de pájaros, frutas y peces de colores, sueño de tiempo único donde juegan al más apasionante de los juegos: juegan a contemplar. La hormiga, la abeja, el fingido dragón silueteado en el cielo por el humo de la locomotora, las actitudes y gestos de los hombres en una simple asepsia a la que los años añadirán microbio de intención. Con sus ojos negros y profundos, tienen la virtud de entrever. De un entrever superficial –afortunadamente para ellos– que nos hace mirarnos nostálgicos y en carne viva, ya doloridos y cansados de vivir. Esas pupilas casi hipnóticas es donde sentimos el imposible deseo de no habernos parado en seco, el más estremecedor deseo de los hombres, el vivir sin salir de un soñar”⁴⁸.

Que sea un balcón o una ventana con sus hojas cerradas y que a la vez sugieran “lo que hay fuera”, mientras en el interior se recrea un ambiente contenido en la emoción de la proximidad. Todos, porque la figura que normalmente se interpone pasa a ocupar el plano inmediato a nosotros, nos sentimos identificados con la estancia, con la simplicidad descriptiva que elimina lo que pueda alterar la sencilla importancia del momento (“Sofía Morales se diría que utiliza su pintura para salvar de su fugacidad las cosas serenas; los momentos serenos de las cosas o seres que no lo son habitualmente”.)⁴⁹, o enrarecer una atmósfera sólo densificada por los sentimientos acumulados, en una mezcla sabiamente dosificada con cada centímetro de la superficie pintada y cada *rendija del soporte por donde el aire circula*.

En ocasiones, ese interior se “intimiza” aún más, suprime la referencia exterior y se centra en la figura, en el detalle –¿qué son, en última instancia, los bodegones, floreros, los cristales, e incluso los animales, sino pequeñas porciones de esa realidad revivida por la pintora, creada por ella como exponente de su sentido de la idealidad?– tratados con la intención señalada por José Hierro, buscando la permanencia de lo que constituye su mundo, construido con el amor de quien posee la certeza de haber sabido elegir, de saber ver y querer comprender todo lo que le rodea, sin pretensión de magnificar, de elevar, pues, la auténtica categoría de las cosas está en ellas y en el arte, en el nuevo ser creado, en este caso, por la pintura.

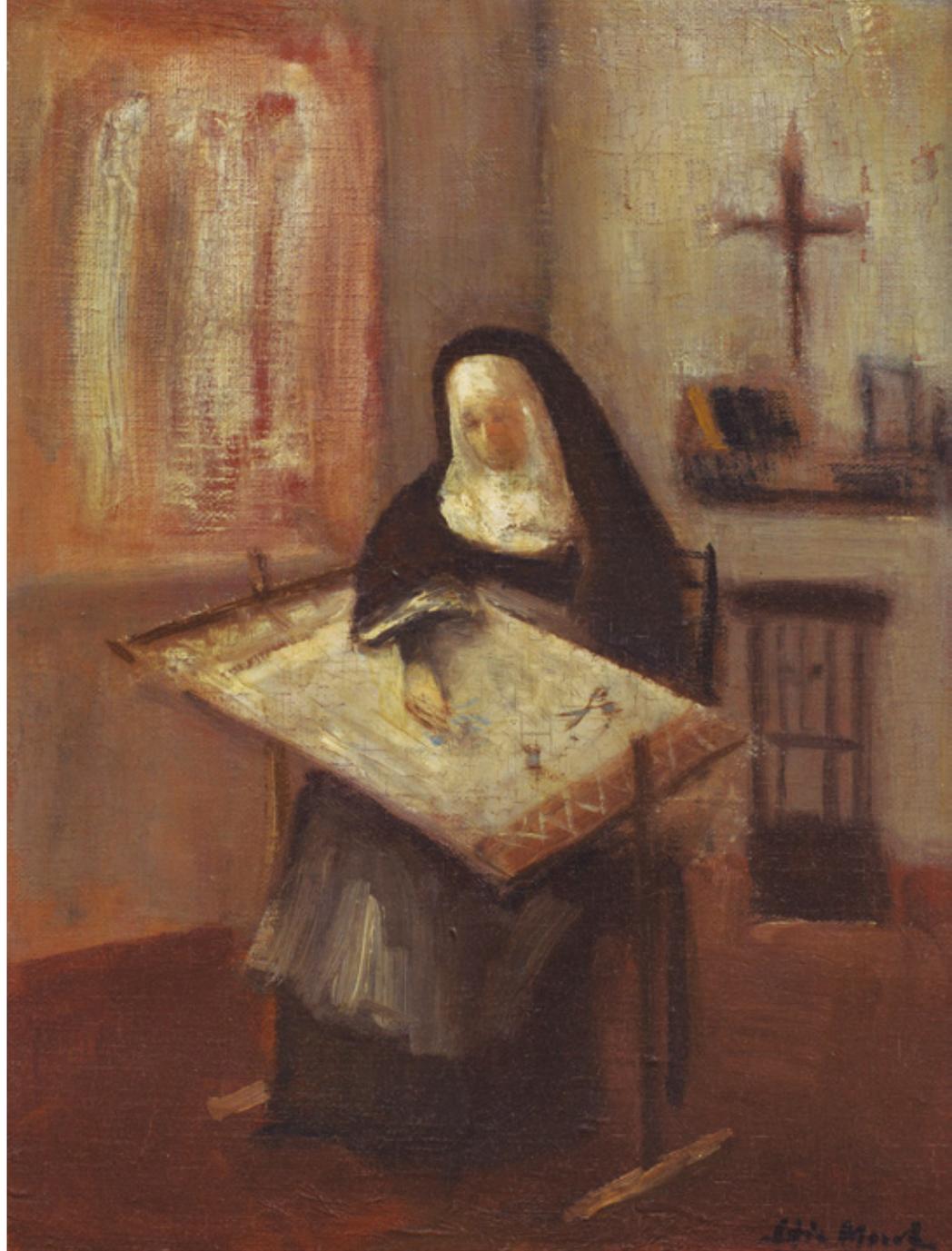
“Y Sofía Morales, que podía pintar lilas y hasta inefables orquídeas, y también las pinta, como pinta niñas de embajadores o de hadas – como podíamos decir de príncipes–, como pinta cristales y piedras inconcretas, ella, por fidelidad a la tierra y al arte conjuntamente, pinta de en cuando en cuando telas blancas recién lavadas, expresión de una tierra que todo lo tiende ante el sol y el cielo alto como

esperando su maravillosa transmutación –en la tierra del gusano de la seda– hacia el sueño y la pureza del sueño. Pintura muy cercana a la angélica porque estas camisas parecen tener alas; pero la pintura, para acercarnos a la autenticidad –¿realismo o fantasía?– ha puesto esas piernas delgadas de vieja enlutada, herida de amor y sufrimiento, en un paisaje pasional y ardientemente trágico, porque también Murcia y mucha Murcia no es sólo voluptuosidad y delirio sensual, sino tierra trágica con fronteras de cal y alambradas con pinchos. Hay un halo poético en la pintura de Sofía, por encima de realismos vulgares y cotidianos, porque ese es el arte, su arte de convertir camisas en pedazos de luna y tierra plana en navegación de sueños”⁵⁰.

Y también sale al exterior –en un proceso de recuperación del paisaje que había visto mermada, casi anulada, su presencia, siendo expresión continua en los primeros años de aprendizaje y desarrollo–, a los espacios abiertos donde el paisaje Torrelaguna, Mar Menor... parece ensimismarse en grisáceas andanadas, en verdes próximos y en cielos que se agitan demostrando su intención de trascendencia, su componente “humanizado” al ser naturaleza sentida en la intimidad de la contemplación (“Son naturaleza y paisajes reducidos a una profunda esencialidad, contruidos con poquísimos elementos, los justos, donde el color, austero y dosificado, es entendido como un todo inseparable de la forma que a su vez, queda absorbida en el ámbito que la acoge”.)⁵¹. Y todo – y en cualquiera de los temas tratados tan sucintamente, porque nuestra intención no ha sido realizar un análisis formal in extenso, una descripción pormenorizada en la que los pasos se cuentan sin tener en cuenta que se está hablando de lo “que se ve”, y que es mucho más importante profundizar en el sentido, en la intención, en la idealidad poética que supera la forma– con la sabiduría dada al trazo, al que le confiere la vibración que vivifica todo cuanto “crea”; con el apoyo de la quietud de la geometría, nunca fría, nunca aséptica, siempre implicada en la ensoñación/realidad surgida del proceso mental creativo (“Esta pintura de Sofía Morales gusta de su vinculación a un orden geométrico, aún cuando las formas se ofrecen con fluidez sobre el marco sobre el que hallan ubicadas”.)⁵²; con un dibujo que, sin perder su entidad de trama, cede gustoso protagonismo al color y la mancha, a la vez que actúa como contenedor de la más mínima porción de vida.

“Ante sus obras la mirada se detiene, profundiza y ennubece en vaguedades de la más dilatada sensibilidad. ¿Dónde terminan las formas en los cuadros de esta pintora? Tiemblan, se difunden, porque la materia aunque pese, está transcendida en amorosa trans-





fusión de alma a lienzo. el pincel se posa, con leve o grueso tacto, pero siempre sabe escoger Sofía Morales la espuma del tema representado. Porque lo allí lo consignado aunque el relieve sea exacto, parece que flota en su misma timidez. (...) Es un recoleto y selecto el suyo. Pero de una selección a la inversa de cualquier imaginación enfática. Todo está aplacado, entrevisto, sin rudeza ni energía impulsiva. Pero a la vez frondoso, blando, irradiante, en una materia trémula, nada inerte. No hay límites inexorables entre las formas de sus cuadros que está a punto de derramarse en los vecinos. (...) Pero no queremos detenernos en el plano tan fácil de su técnica. Ahí está. si no en el trasfondo emotivo que avanza hacia nosotros, se apodera de nuestra mirada y de nuestro gozo y explica ese arte de Sofía Morales tan difícil de explicar sin esa prevención poética. ¿Dónde termina la pintura y comienza la poesía? Esa es la clave de la pintura de Sofía Morales”⁵³.

Pintura y vida, sensibilidad nacida de la íntima convicción del “saber y querer hacer saber a los demás que se sabe”, pero sin imposi-

ciones, sin obligar a la aceptación de un mundo tan personal y tan sincero que, por serlo, se universaliza, se hace entendible a los que se acercan a él. No hace falta llevar mayor recado cuando se contemplan las obras que el del tiempo sin prisas, para que el deleite que nos proporcionan se confunda con la serenidad que de ellas emana. Y así lo entendieron, y entienden, los que tuvieron, y tienen, la oportunidad de admirarlas, primero, en el recato de la luz privada; después, en las exposiciones donde brillaron –desde aquellas primerizas de 1935 y 1936- públicamente con luz propia: Madrid, Biarritz, La Habana, Santiago de Chile, Cincinnati, París, Frankfurt, Tánger, Murcia, Valencia, Córdoba, Alicante, Cartagena, Lorca, Santander, Toledo, Quito, Santo Domingo, Sevilla..., (escasas en la década de los cincuenta, única en los sesenta, y en catarata a partir de 1973). En 1974, la Galería Al-Kara, de Murcia, realizó su primera exposición antológica, con un estudio visual de su obra profundo y el texto que hemos reproducido de Camón Aznar, continuado en 1989 –en el seno de Contraparada 10- con la magna exposición celebrada en El Palacio Almuñé, y en 1993 con la organizada por la Asociación

de la Prensa de Murcia (las tres pequeño tributo de reconocimiento de la ciudad que, si no la vio nacer, sí le dio la savia de su luz, de su carácter contemplativo, y en la que recibió las primeras y fundamentales lecciones de pintura. En todas, quedó demostrado su buen hacer –lo que le valió ser nombrada Académica de Honor de la Real Academia de Bellas Artes Santa María de la Arrixaca en el año 2000, y antes, en 1974, junto a Pilar Narvi6n y Josefina Carabias, le fue concedido el Lazo de Dama de la Orden de Isabel la Cat6lica “por sus relevantes m6ritos pict6ricos y llevar la imagen de Espa6a por distintos continentes”⁵⁴-, su sentimiento de la vocaci6n como una mística, su concepci6n de “la intimidad de la pintura”.

“¿Qu6 singularidad advierto en la (pintura) de Sofía para destacarla en este comentario? La de su intimidad. Como sea, incluso cuando pinta un paisaje, lo que Sofía nos trasmite es una confidencia. Ella tiene la rara virtud de hacernos participar de un momento raro y extraño en la vida de un personaje, o en un rinc6n perdido de la casa – el <<bodeg6n>>- o en un trozo de nuestra geografía más habitual”⁵⁵.



¿EPÍLOGO O PRÓLOGO?

El viernes, 29 de abril, una llamada telefónica desde Chicago me comunicó la noticia –y me voy a permitir, a partir de este momento, hablar en primera persona- del fallecimiento ese mismo día de Sofía Morales. Sentado delante del ordenador, me encontraba repasando los últimos párrafos del texto que antecede a esta coda, encastrando la informaci6n sobre la que se justifican determinadas aseveraciones, dando cuerpo definitivo al desarrollo de la idea motriz que me sirvió para encadenar el discurso –en determinadas fases apasionante- sobre la artista y su obra. Todo quedó paralizado, todas las palabras que pugnaban por quedar escritas callaron, se oscurecieron antes de ver la luz, se diluyeron en esa atm6sfera de interiores “interiorizados” en los que –ahora más que nunca- nuestra pintora dejaba retazos de intimidad, abría su coraz6n y demostraba el valor, el enorme valor, de las cosas sencillas, la fuerza incontenible de lo que no necesita de la violencia para manifestar su grandeza, el amor a la vida... ¿Qu6 hacer?

Las circunstancias habían cambiado, la interrupción trágica de una pretensión biográfica exigía un replanteamiento, un cambio en el tiempo de la trama que ya no sumaba al pasado el presente y potenciaba la esperanza del futuro, pues ya todo pasaba a ser pasado, ya los verbos –en su sentido estricto de acción– debían conjugarse en pretérito. Pero, en esta disyuntiva, la mirada errante, perdida en el desorden de notas, recortes y libros, se detuvo sobre una entrevista, atraída por una luz que parecía emanar del papel amarillento y, en especial, de la siguiente frase:

“No comprendo cómo la gente tiene miedo a la muerte. ¡Si después de la muerte está la sobrevida! Hay que ir siendo buenos, cada vez mejores, para que la muerte nos llegue estando listos. Perderle miedo a morir”.

La respuesta a mis dudas quedaba clara: nada debía cambiar en la sustancia del relato; nada debía modificarse de la idea primigenia ni de la intención de acercamiento a una personalidad viva que sabía transmitir vida a sus cuadros, porque ni la realidad incontestable podía acallar con sus ecos las voces de esa otra realidad imperecedera, la de sus obras.

“Porque no descubro en sus lienzos el frío del cobalto sin duda porque a pesar de haber vivido siempre extramuros de la musulmana Murcia, llevaba nuestro aroma irrepetible, nuestra atmósfera inimitable, supongo que en el corazón que dicen la víscera de las emociones, que yo cambio frecuentemente con las que proporciona la piel de las yemas de los dedos; y lo digo con conocimiento de causa porque a falta de su trato (la he conocido personalmente de forma esporádica) he acariciado con mis manos la superficie de muchos de sus cuadros y siempre se me quedaron impregnados del raro milagro de la pintura que te hace vibrar”⁵⁶.

Nada ha cambiado, si entendemos por cambio el trastoque total de los hechos, para invertir el tiempo narrativo, para introducir la fría relación de datos que completan, despersonalizadamente, la visión de una vida, que para mí sigue palpitando en cada cuadro, en cada texto que habla de ella y de su actualidad en el momento de ser escrito; y, en mis propias reflexiones, realizadas en el contacto directo durante meses con sus obras y sus palabras, con ese <<credo pictórico>> que me abrió de par en par la puerta de sus sentimientos como artista, puerta, por otra parte, nunca cerrada a quienes supieron acercarse sin prejuicios a los “interiores” de su intimidad, a los ojos expectantes de sus niños, al equilibrio de los bodegones, a la vida esparcida y viva que dejó conscientemente

impregnada con los pigmentos en el lienzo.

No, el diálogo no se ha visto interrumpido, continúa con la misma intensidad con la que se inició, con las mismas perspectivas que me movieron a indagar en su pintura más allá de la apariencia, de la forma –indudablemente soberbia– material. Esto, aparte de otras razones precisadas de una exposición más extensa –entre las que destacaría como más importante la componente ideológica, que la mantuvo siempre fiel a unos modos y a un sentido de la pintura por encima de todos los avatares de los que fue coetánea–, es lo que me ha inducido a titular entre interrogación este el apartado. ¿Epílogo o prólogo? Sería epílogo si cerráramos de golpe la ventana por donde se adivina el paisaje, o diéramos la espalda a la vida que se insinúa tras los cristales; si incluyéramos a Sofía Morales, contra su voluntad, en la Historia –pese a que, como todos, unos con mayúscula, otros con minúscula, forme parte de ella–, contra su sentimiento de mujer: “Yo creo que la mujer no debe pasar a la Historia con esos libros gordos y tan aburridos... La mujer quiere sólo dejar un buen recuerdo”⁵⁷.; si nos limitáramos a una exégesis desde la distancia.

Es prólogo, si respetamos sus deseos y su recuerdo queda cálido, vivo, entre nosotros; si al contemplar sus obras sabemos comprender el mensaje unitario que emana de cada una; si somos capaces de sentir en ellas el calor de la carne, que nunca muere al ser animada por el espíritu; si, en definitiva, entendemos la <<sobrevida>> creída por la artista, y la entrega sin más pretensiones que “el buen hacer” a la pintura:

“Si al final de lo expuesto me reconozco algún mérito no es otro que el de mi amor por la pintura, demostrado a lo largo de los años supuesto que no ha sido mi medio de vida. La pintura me dio una satisfacción íntima unas veces y otras una gran preocupación. Fue mi conciencia. Hice un gran esfuerzo para no defraudar a los que creyeron en mí, a los que me alentaron, a los que me alientan. A ellos vaya mi recuerdo, mi agradecimiento”⁵⁸.

Poco más puedo añadir a este prólogo desubicado, que quiero cerrar con los versos de Juan Ruiz Peña, “Hoy llueve otoño”, escritos para la exposición de Sofía Morales en la Galería Litoral de Alicante, en diciembre de 1975, pues, aunque estemos en el epicentro de la primavera, el sentimiento se encuentra envuelto por el gris taciturno de la tarde y empapado por la lluvia de un adiós que se prevé definitivo, aunque, tal como quería la artista, quedan las obras, y con ellas su presencia viva para siempre.

“Hoy llueve otoño
y tengo que escribir versos con lluvia,
lloveré yo también;
las hojas caen
dentro y fuera, la vida
duele más cuando pasan los años
y por eso
en mi sangre hay hojas heridas de sufrir.
Lo sé,
mi vida es también hoja y pronto crujirá.
Está lloviendo no sé dónde
si es en la vida o en la muerte;
la lluvia como el verso me libera,
vuelve la infancia, el arco iris
y la alegría loca del muchacho.
Pero ya soy otoño y mi sonido es muerte
y la lluvia redobla sobre mí;
hoy mismo, noche y lluvia,
ahora
he pisado el peldaño del misterio,
lo oscuro luminoso,
y húmeda empujo
una puerta amarilla que se abre
al paisaje real de un lluvioso septiembre”.



Sofía en 1940

NOTAS

1. Los textos que aparezcan sin cita al pie, corresponden a escritos y reflexiones de Sofía Morales, como el presente. Si se omite la referencia, que quedará reflejada en el apartado dedicado a la bibliografía, es para dar a la narración un contenido más directo y emotivo.
2. ANDRADE, Xian de. "Sofía Morales. Plenitud pictórica y vital". *Sábado Gráfico*, 17 de febrero de 1973.
3. *Ibidem*.
4. JIMÉNEZ, Salvador. "Sofía Morales o el arte de pintar". *A B C de las Artes*. 16 de marzo de 1967. Madrid.
5. SENTI ESTEVE, Carlos. "La pintura de Sofía Morales". *Levante*, 25 de enero de 1974. Valencia.
6. LOGROÑO, Miguel. "Sofía Morales: el valor de las cosas sencillas". *Blanco y Negro*, 22 de febrero de 1975. Madrid.
7. CRUZ, Pedro Alberto. "Sofía Morales". *La verdad*, 6 de abril de 1989. Murcia.
8. ARCO, Antonio. "Sofía Morales, ¡que nos deje entrar!". *La verdad*, 14 de marzo de 1993. Murcia.
9. HIERRO, José. "El arte último..." Texto para el catálogo de la exposición *Sofía Morales*, celebrada en el Círculo de la Amistad, de Córdoba, en enero de 1974.
10. *Filosofía del arte*. Madrid, Aguilar, 1957.
11. CRUZ, Pedro Alberto. *Tendencias II*. Murcia, Caja de Ahorros Provincial, 1985, pág. 3.
12. *Ibidem*.
13. JIMÉNEZ, Salvador. "Murcia necesita que venga Sofía Morales". *La Opinión*, 26 de junio de 1988. Murcia.
14. *Ibidem*.
15. OLIVER BELMAS, Antonio. *Medio siglo de artistas murcianos (1900-1950)*. Madrid, 1952, pág. 130.
16. PÁEZ BURRUEZO, Martín. "Pintura", en *Historia de la Región de Murcia*. Tomo X. Murcia, 1983, pág. 336.
17. *Sofía Morales (Contraparada 10)*. Murcia, 1989.
18. OLIVARES GALVÁN, Pedro. "Los pintores de la *generación puente* (1940-1960)", en *Arte en Murcia, 1862-1985*. Murcia, 1985.
19. "Sofía Morales o el arte de..." Op. cit.
20. Arts. "Sofía Morales", 19 de abril de 1955. París.
21. "Sofía Morales". *Pueblo*, 19 de febrero de 1975. Madrid.
22. *Tendencias II*. Op. cit. pág. 2.
23. "Sofía Morales, plenitud..." Op. cit.
24. MORALES, Sofía. "Datos autobiográficos". Op. cit.
25. "Sofía Morales parece vivir y copiar un mundo real pero transportado a no se sabe qué ambiente sonámbulo, de sueño, de transparencias. Quizá el mundo que ella ve es ese que habita en el fondo de los espejos, palpitando tan misteriosamente, lejano, luminoso, tan distinto del que nos rodea". Ramón GAYA. *La verdad*, 5 de abril de 1935, recogido en *Sofía Morales (Contraparada 10)*. Op. cit.
26. Toda esta información ha sido extraída del libro de María Concepción Ruiz Abellán *Cultura y ocio en una ciudad de retaguardia durante la Guerra Civil (Murcia, 1936-1939)*. Murcia, 1993. Págs. 282-292
27. VERA, Diego. "Sofía Morales: el periodismo es mi cuerpo; la pintura, mi alma". *Línea*, 4 de marzo de 1973. Murcia.
28. GARCÍA BARÓ, José María. "Sofía Morales, la famosa pintora y periodista, entusiasta de la pesca submarina". 7 Fechas, 5 de abril de 1958. Madrid.
29. VILLAN, Javier. "El pintor y su estudio: Sofía Morales". *Arriba*, 22 de noviembre de 1974. Madrid.
30. URBANO, Pilar. "La intimidad de las pequeñas cosas". *Telva*, segunda quincena de febrero de 1975. Madrid. (La cursiva intercalada es nuestra).
31. "Sofía Morales: el periodismo..." op. cit.
32. "La intimidad..." op. cit.
33. *Ibidem*.
34. MORALES, Antonio. "Sofía Morales y las artes escénicas". *La Opinión*, 10 de marzo de 1993. Murcia.
35. *Ibidem*.
36. ORDÓÑEZ, Marcos. *Beberse la vida. Ava Gardner en España*. Madrid, Aguilar, 2004, págs. 72 y 73. Son muchas más las páginas del libro que recogen esta relación y que, encadenadas, conforman una auténtica crónica de las distintas estancias de la actriz norteamericana en España.
37. "Sofía Morales: el periodismo..." Op. cit.
38. MORALES, Sofía. "Don Juan o el amor a la geometría". *Telva*, 1 de diciembre de 1972. Madrid.
39. "Sofía Morales y las artes..." Op. cit.
40. "Sofía Morales o el..." Op. cit.
41. MADRONA, Amparo. "La mujer pintora". *Servicio del Magisterio Español*, 28 de marzo de 1973. Madrid.
42. "Sofía Morales o el..." Op. cit.
43. BRACO Y SALZILLO, José Luis. "El sentimiento de la pintura de Sofía Morales". *Nuevo Diario*, especial de Navidad. Diciembre de 1974. Madrid.
44. "Sofía Morales, plenitud..." Op. cit.
45. "La señora Sofía Morales admira obviamente a Goya, y esa admiración no cabe ser discutida, pues muchas de sus pinturas parecen vistas, como las de Goya, *a través de un cristal oscuro*". "People and Place", 19 de marzo de 1955. Tánger (Marruecos).
46. MOLINA, Cayetano. "Sofía Morales. Línea", 12 de noviembre de 1978.
47. A. M. C. "Sofía Morales, exposición antológica". *Gazeta del Arte*, 30 de noviembre de 1974, pág. 19. Madrid.
48. COBOS, Pedro. "Exposición de Sofía Morales", en *Sofía Morales*. Op. cit.
49. "El arte último..." Op. cit.
50. CASTILLO-PUCHE, José Luis. Catálogo de la exposición *Sofía Morales, obras pequeño formato*. Galería de Arte Antón-Nuño de la Rosa, Torrevieja (Alicante), agosto de 1973.
51. BALLESTER, Juan. "El silencio de lo esencial". *La Opinión*, 3 de marzo de 1993. Murcia.
52. RML. "Sofía Morales en la galería Fauna's". *La Estafeta Literaria*, nº 512, 15 de marzo de 1973. Madrid.
53. CAMÓN AZNAR, J. "Sofía Morales". Catálogo exposición Galería Al-Kara. Murcia, 1974.
54. *Sábado gráfico*, 28 de enero de 1976.
55. MORENO GALVÁN, José María. "Sofía Morales". *Triunfo*, 8 de marzo de 1975. Madrid.
56. SANZ, Juan Bautista. "Sofía Morales, la atmósfera inimitable". *La Opinión*, 1 de mayo de 2005. Murcia.
57. MOLLEDA, Rosana. "Pintar es una vocación". *Pueblo*, 18 de febrero de 1973. Madrid.
58. "Datos autobiográficos", en *Sofía Morales...* Op. cit.



SOFÍA MORALES, PERIODISTA

(Del texto *La intimidad de la pintura* de Pedro Alberto Cruz, de este mismo catálogo)

La labor periodística de Sofía Morales no puede considerarse alejada del campo creativo, por cuanto gran parte de ella estuvo dedicada a la crítica de cine (siendo cofundadora de la revista *Primer Plano*, “Fue *Primer Plano* la revista sobre cine que enseñó a varias generaciones a mirar; en ella con sus críticas de Cándida –que recuerda con elogio Mercedes Fórmica en sus memorias-, sus reportajes “descubierta en los estudios”, o sus divertidos pies de fotos, se estrenó Sofía Morales en el cine (García Viñolas la retrataría en su *Boda en Castilla*). Con el tiempo *Ya*, *7 Fechas*, *Fotos*, *Sábado Gráfico*, etcétera, conocieron sus escritos”) y teatro (“después se ocuparía del teatro en *Telva* y *Siete Fechas*. Shakespeare, Dürrenmatt, Emilyn Williams, Max Frisch, David Rabe, Gala, etcétera, pasan por su punto de vista”), por cuanto la propia acción crítica, el desarrollo de una teoría o interpretación a partir de un hecho dado, se traduce en una “obra” nueva, dotada de valores distintivos. La crítica no es una mimesis de la realidad dada –la obra-, un remedo descriptivo que reproduce literariamente lo “que ya se ve” (ese viaje no necesita alforjas, y es mejor que sea el propio espectador el que “vea” y “oiga” y organice su discurso particular, comprensivo). La crítica, quizá al contrario de lo que decía Baudelaire, surgida del conocimiento debe dejar sólo una pequeña parte a la subjetividad, sin por ello anular la parte personal que es, en última instancia, la que le confiere su carácter creativo.

Muchos son los ejemplos que se podrían poner de la relación de Sofía Morales con el mundo del cine y del teatro, pero, por la perso-

nalidad y la importancia de la actriz, sólo recogemos la que mantuvo con Ava Gardner en el momento en el que se conocieron, según los recuerdos de María Asquerino:

“A los pocos días, Edgar Neville, que había ido a recibirla a Barajas, dio una fiesta en su casa (...) Creo que fue en esa fiesta donde Ava conoció a dos periodistas de la revista Primer Plano que formarían parte de su peña española durante mucho tiempo: Sofía Morales y Vic Rueda. Los dos eran periodistas atípicos y los dos la adoraban. (...) Sofía Morales era pintora, muy cinéfila. (...) En los cincuenta no había fiesta a la que fuera Ava donde no estuvieran Vic y Sofía. Las crónicas de Sofía Morales y Vic Rueda en Primer Plano son un documento inapreciable a la hora de retratar la sociedad alegre de la época. Morales y Rueda mantenían con Ava una relación en la que se mezclaba la amistad y la idolatría. Formaban parte de la comitiva, siguiéndola de fiesta en fiesta, de la mañana a la noche. Son textos fiables hasta cierto punto, como casi todo. Está claro que jamás aparecerá en ellos nada que pueda empañar la imagen de la diosa, pero, a cambio de esa lealtad, logran alcanzar una forma de intimidad que a otros les estuvo siempre vedada”.

Años de trabajo, años de esfuerzo compartido entre la pintura y la escritura, entre el periodismo y el arte sin que ninguno llegara a eclipsar al otro, hasta que la pintura llega a imponerse como actividad principal en la década de los setenta (dato fácilmente comprobable si se tiene en cuenta el número de exposiciones realizadas).



Orson Welles



Richard Burton



El escritor Paul Bowles



Gary Cooper



Bob Hope



Mario Moreno "Cantinflas"



Ava Gardner



Elizabeth Taylor



María Félix



Carmen Amaya



Bing Crosby



Con la cantante portuguesa Amália Rodrigues



José Luis Fernández del Amo,
director del Museo de Arte Moderno



Con el bailarín Antonio



José Ferrer



Cary Grant



Olivia de Havilland



Dolores del Río



Greer Garson



El director de cine Clarence Brown



Maruchi Fresno



Alida Valli



Raf Vallone



Lana Turner



El crítico Alfonso Sánchez y Tyrone Power



Ricardo Lucía y Berta Riaza



Claude Colbert



El escritor y académico Manuel Halcón



Errol Flynn



La pintora colombiana Blanca Sinisterra



El coreógrafo ruso Leonidas Massine



Amparo Rivelles y Luis Sanz



María Martín



Silvana Pampanini



Gloria Swanson



Gerard Tichy y Manolo Morán



Joan Fontaine



Susan Hayward



Rossano Brazzi



Con la bailaora Rosario



Conchita Montes



La escritora Mercedes Formica



Mercedes Formica y M^{ra} Dolores Pradera



Aurora Bautista



La actriz Anna Maria Sandri y Mario Cabré

CATÁLOGO

(Todos los cuadros pertenecen a colecciones particulares a excepción de los reproducidos en las páginas 17 y 91 que pertenecen a la colección del Museo de Bellas Artes de Murcia)



pág. 1
Bodegón con espejo. 1963
Óleo sobre lienzo. 53,5 x 64,5 cm



pág. 2
Autorretrato. 1984
Óleo sobre lienzo. 61 x 54 cm



pág. 17
Perro blanco sobre manta. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 46 x 65 cm



pág. 18
Perro en el sillón azul.
Óleo sobre lienzo. 50 x 65 cm



pág. 18
Perro con pintas. h. 1950
Óleo sobre lienzo. 72 x 60 cm



pág. 19
Nano acurrucado. h. 1970
Óleo sobre lienzo. 19,5 x 33,5 cm



pág. 19
El perro Guantes. 1985
Óleo sobre lienzo. 63 x 48,5 cm



pág. 29
Lirios. 1975
Óleo sobre lienzo. 46 x 38 cm



pág. 30
Florero con rosas. h. 1960
Óleo sobre lienzo. 41 x 33 cm



pág. 30
Vaso con rosas. s. d.
Óleo sobre lienzo. 33 x 24 cm



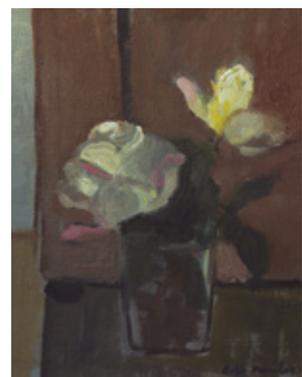
pág. 31
Rosas rojas y blanca. s. d.
Óleo sobre lienzo. 27 x 21,5 cm



pág. 31
Jarrón azul con rosa blanca. s. d.
Óleo. 34 x 27 cm



Florero. h. 1950
Óleo sobre lienzo. 80 x 63,5 cm



Vaso con rosas. h. 1970
Óleo sobre lienzo. 27 x 22 cm



Violetas. h. 1970
Óleo sobre lienzo. 27 x 22 cm



Flores invernales. 1968
Óleo sobre lienzo. 65 x 54 cm



pág. 39
Cipreses. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 46 x 38 cm



pág. 46
Cipreses. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 46 x 33 cm



pág. 46
Ciprés. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 38 x 46 cm



pág. 47
La piscina II. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 22 x 27 cm



pág. 47
El estanque. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 27 x 35 cm



pág. 47
La piscina. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 27 x 35 cm



pág. 4-5
Flores y carta
Óleo sobre lienzo. 33 x 55 cm



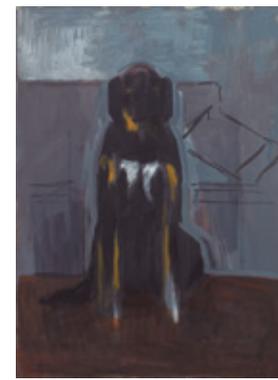
pág. 11
El perro Nano. 1975
Óleo sobre lienzo. 92 x 65 cm



pág. 12
Perro. 1976
Óleo sobre lienzo. 23 x 20 cm



pág. 13
Perro sobre fondo rojo. 1981
Óleo sobre tabla. 33 x 41 cm



pág. 15
Guantes
Óleo sobre lienzo. 81 x 60 cm



pág. 21
Gata. 1938
Óleo sobre tabla. 35 x 31 cm



pág. 23
Dibujo de gato. h. 1970
Lápiz sobre papel. 28 x 40 cm



Cabeza de perro. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 27 x 22 cm



pág. 27
Vaso con flores amarillas. 1961
Óleo sobre lienzo. 47 x 38 cm



pág. 28
Violetas. h. 1960
Óleo sobre lienzo. 26 x 21 cm



pág. 32
Vaso con flores amarillas. h. 1960
Óleo sobre lienzo. 35 x 27 cm



pág. 33
Rosas amarillas y libros. h. 1970
Óleo sobre lienzo. 37 x 40 cm



pág. 34
Dos vasos. h. 1970
Óleo sobre lienzo. 37 x 46 cm



pág. 35
Dos floreros. h. 1970
Óleo sobre lienzo. 38 x 46 cm



Florero. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 45 x 54 cm



pág. 41
Paisaje de Torrelaguna. 1999
Óleo sobre lienzo. 44 x 65 cm



pág. 42
Paisaje. h. 1960
Óleo sobre lienzo. 30 x 40 cm



pág. 42
Paisaje otoñal. 1974
Óleo sobre lienzo. 41 x 24 cm



pág. 43
Paisaje. s. d.
Óleo sobre lienzo. 99 x 45 cm



pág. 44-45
Paisaje con cipreses. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 31,5 x 54 cm



pág. 49
Paisaje. h. 1960
Óleo sobre lienzo. 38 x 46 cm



Paisaje. 1971
Óleo sobre lienzo. 33 x 55 cm



Paisaje de Juan Ramón Jiménez. 1973
Óleo sobre lienzo. 27 x 41 cm



Paisaje de Torrelaguna. 1990
Óleo sobre lienzo. 35 x 27 cm



Paisaje de Torrelaguna. 1990
Óleo sobre lienzo. 27 x 35 cm



Paisaje. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 81 x 61 cm



Paisaje. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 79,5 x 58,5 cm



Paisaje último IV. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 32,5 x 41 cm



Paisaje IV. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 26,5 x 34,5 cm



Paisaje. h. 1960
Óleo sobre lienzo. 38 x 46 cm



La piscina III. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 18,5 x 23,5 cm



Paisaje. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 33 x 41 cm



Paisaje. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 27 x 35 cm



Paisaje. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 33 x 41 cm



Paisaje. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 33 x 41 cm



Paisaje. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 33 x 41 cm



Torrelaguna. h. 1970
Óleo sobre lienzo



Homenaje a Turner. 1987
Óleo sobre lienzo. 81 x 68 cm



Ventana. 1971
Óleo sobre lienzo. 34 x 25 cm



Ventana en Torrelaguna. 1989
Óleo sobre lienzo. 65 x 50 cm



pág. 56
Bodegón con peras y cuenco. 1945
Óleo sobre lienzo. 24 x 28 cm



pág. 57
Frutero con peras. 1947
Óleo sobre lienzo. 30 x 21 cm



pág. 58
Peras y anémonas.
Óleo sobre lienzo. 26 x 40 cm



pág. 58
Bandeja con uvas. h. 1970
Óleo sobre lienzo. 55 x 46 cm



pág. 59
Bodegón con peras y queso. 1962
Óleo sobre lienzo. 33,5 x 41,5 cm



Copa de vino. 1968
Óleo sobre lienzo. 24 x 33 cm



Pinceles y copa. 1968
Óleo sobre lienzo. 33 x 55 cm



Bodegón con melocotones y vasos. 1975
Óleo sobre lienzo. 33 x 46 cm



Melocotones y tetera. 1962
Óleo sobre lienzo. 36 x 46 cm



Bodegón. 1966
Óleo sobre lienzo. 38 x 46 cm



Paisaje. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 38 x 46 cm



Paisaje. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 38,5 x 46 cm



Torrelaguna. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 28 x 35,5 cm



Paisaje de Sicilia. 1971
Óleo sobre lienzo. 38 x 46 cm



Paisaje con árboles. 1990
Óleo sobre lienzo. 33 x 41 cm



El estanque. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 54 x 65 cm



Paisaje. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 27 x 41 cm



Paisaje. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 25 x 25 cm



Paisaje. 1973
Óleo sobre lienzo. 27 x 34,5 cm



Paisaje. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 24 x 33 cm



Rincón. h. 1970
Óleo sobre lienzo. 57 x 45 cm



pág. 53
Albaricoques. h. 1970
Óleo sobre lienzo. 33 x 46 cm



pág. 54
Bandeja con peras. h. 1960
Óleo sobre lienzo. 46 x 55 cm



pág. 55
Peras. h. 1980
Óleo sobre lienzo. 24 x 41 cm



pág. 56
Frutero con membrillos. 1947
Óleo sobre lienzo. 27 x 27 cm



pág. 60
Bodegón con uvas. h. 1968
Óleo sobre lienzo. 31 x 39,5 cm



pág. 60
Bodegón con peras. h. 1970
Óleo sobre lienzo. 32 x 54,5 cm



pág. 61
Melocotones. 1968
Óleo sobre lienzo. 33 x 41,5 cm



Bandeja con ciruelas y copa. 1965
Óleo sobre lienzo. 38 x 46 cm



Frutero con ciruelas y copa. 1972
Óleo sobre lienzo. 38 x 46,5 cm



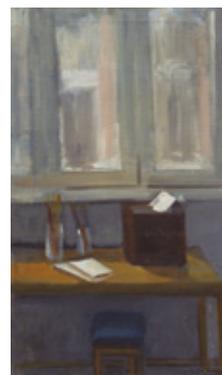
pág. 65
Estudio de cristal. 1972/73
Óleo sobre lienzo. 61 x 50 cm



pág. 66
Cubos de cristal. h. 1972
Óleo sobre lienzo. 27 x 41 cm



pág. 67
Bodegón de cristal azul. 1972
Óleo sobre lienzo. 54 x 74 cm



pág. 69
Interior. h. 1960
Óleo sobre lienzo. 52,5 x 32 cm



pág. 70
Vaso azul. 1966
Óleo sobre lienzo. 27 x 41 cm



pág. 71
Bandeja dos copas. 1969
Óleo sobre lienzo. 84 x 65 cm



Piedra y espejo. 1960
Óleo sobre lienzo. 50 x 61 cm



pág. 75
Niña de ojos azules. 1966
Óleo sobre lienzo. 46 x 38 cm



pág. 76
Niño de la montera. 1965
Óleo sobre lienzo. 54 x 38,5 cm



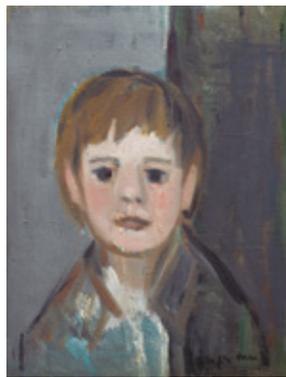
pág. 77
Niña. 1966
Óleo sobre lienzo. 46 x 38 cm



pág. 85
Niña con margarita
Óleo sobre lienzo. 73 x 54 cm



Retrato de Rosa María. 1975
Óleo sobre lienzo. 46 x 38 cm



Niño. 1965
Óleo sobre lienzo. 35 x 27,5 cm



Retrato de Javier. 1955
Óleo sobre lienzo. 30,5 x 27 cm



Niña. 1962
Óleo sobre tabla. 23 x 20 cm



pág. 90
Retrato de Sofía Sandoval. 1949
Óleo sobre lienzo. 40 x 30 cm



pág. 91
María Teresa de la Campa. h. 1950
Óleo sobre lienzo. 40 x 30 cm



pág. 93
Retrato de María Estrella. 1954
Óleo sobre lienzo. 90 x 57 cm



pág. 96
Dibujo de cabeza de mujer. 1941
Lápiz y acuarela sobre papel. 29,5 x 24 cm



Rosa María y Lelé. 1975
Óleo sobre lienzo. 46 x 33 cm



pág. 102-103
Figura recostada. 1992
Óleo sobre lienzo. 46 x 61 cm



pág. 105
El sueño. Carlos Durmiendo. 1970
Óleo sobre lienzo. 54 x 81 cm



pág. 106
Joven posando. Antonio Morales. 1973
Óleo sobre lienzo. 46 x 27 cm



pág. 107
Figura femenina. 1970
Óleo sobre lienzo. 55 x 23 cm



pág. 109
Hogar. 1969
Óleo sobre lienzo. 25 x 25 cm



pág. 115
Virgen con niño. 1941
Óleo sobre lienzo. 41 x 33,5 cm



pág. 119
Mujer tendiendo ropa. 1973
Óleo sobre lienzo. 45 x 32,5 cm



Interior con figura. 1975
Óleo sobre lienzo. 56 x 39 cm



Estudio en la casa de campo. h. 1990
Óleo sobre lienzo. 33 x 41 cm



Interior. Calle Capuchinas. 1935
Óleo sobre lienzo. 40 x 28 cm



pág. 79
La niñera. h. 1950
Óleo sobre lienzo. 40 x 35 cm



pág. 80
Niña. 1966
Óleo sobre lienzo. 60 x 48 cm



pág. 81
Niño de Nall. 1965
Óleo sobre lienzo. 79 x 63 cm



pág. 82-83
La Comunión de niños pobres. 1963
Óleo sobre lienzo. 66 x 177 cm



pág. 84
Comunión. 1963
Óleo sobre lienzo. 65 x 92,5 cm



Niño Javier Puentes Morales. 1955
Óleo sobre lienzo. 75 x 58 cm



Retrato de mi hijo Carlos. 1973
Óleo sobre lienzo. 74 x 60 cm



Niña marinera. 1990
Óleo sobre lienzo. 55 x 46 cm



Cabeza de niña. 1955
Óleo sobre lienzo. 39 x 32 cm



pág. 89
Huevo vestido de fraile. 1949
Óleo sobre lienzo. 60 x 57 cm



Retrato de Carlota. 1981
Óleo sobre lienzo. 55 x 33 cm



Dibujo de cabeza de mujer. 1963
Lápiz sobre papel. 28 x 42 cm



Autorretrato pintando. 1984
Óleo sobre lienzo. 130 x 57 cm



Autorretrato. 1983
Óleo sobre lienzo. 61 x 50 cm



pág. 101
El descanso. 1980
Óleo sobre lienzo. 55 X 46 cm



pág. 110
Haciendo punto. 1979
Óleo sobre lienzo. 26 x 34 cm



pág. 111
Muchacho leyendo. 1975
Óleo sobre lienzo. 32 x 41 cm



pág. 111
Mujeres en un sofá. h. 1979
Óleo sobre lienzo. 55 x 45,5 cm



pág. 113
Maletillas. 1967
Óleo sobre lienzo. 53,5 x 38 cm



pág. 114
Monja bordando. 1948
Óleo sobre lienzo. 35 x 27 cm



La niña de azul. 1969
Óleo sobre lienzo. 24 x 16 cm



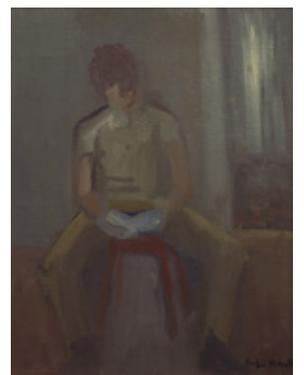
Interior con figura. 1969
Óleo sobre lienzo. 54 x 65 cm



Majas en el balcón. 1942
Óleo sobre lienzo. 38 x 46 cm



Cabeza recostada de virgen. 1943
Óleo sobre lienzo. 27,5 x 24 cm



Muchacho leyendo. 1975
Óleo sobre lienzo. 32 X 41 cm



EXPOSICIONES

EXPOSICIONES INDIVIDUALES

1935
Círculo de Bellas Artes. Murcia.

1951 y 1953
Galería Estilo. Madrid.

1954
Contemporary Art Centre at the Museum. Cincinnati (Ohio, USA).

1955
Galería Alex Caselles. París.
Galería Provensa. Tánger.

1967
Galería Kreisler. Madrid.

1973
Galería Fauna's.
Madrid. Galería Al-Kara. Murcia.
Galería Antón-Nuño de la Rosa. Torrevieja (Alicante).

1974
Círculo de la Amistad. Córdoba
Galería Garbi. Valencia.
Galería Al-Kara. Exposición antológica. Murcia.

1975
Galería Columuela. Madrid.
Galería Litoral. Alicante.

1978
Galería Ramón Durán. Madrid.
Galería Chys. Murcia.

1980
Galería Sástago (Casino de Zaragoza). Zaragoza.

1981
Galería Ramón Durán. Madrid.

1982
Galería Abril. Madrid.

1987
Galería Peyronceli. Madrid.

1989
Palacio Almodí. Murcia.

1991
Galería Peyronceli. Madrid.

1993
Galería Espacio Mínimo. Murcia
Asociación de Prensa. Murcia

1994
Galería Peyronceli. Madrid.

1997
Galería El Cantil. Santander.

1998
Galería Peyronceli. Madrid.

2001
Centro Cultural Ceutí (Murcia)
Galería La Ribera. Murcia.

2005
Sala de Exposiciones San Esteban. Murcia

EXPOSICIONES COLECTIVAS

1936

Ateneo Popular. Murcia.

1951

Exposition de Peinture Espagnole Moderne. Casino Bellevue. Biarritz (Francia)
I Bienal Hispanoamericana de Arte. Madrid.

1952

Temas Taurinos. Galería Xagra. Madrid.

1953

II Bienal Hispanoamericana de Arte. La Habana (Cuba)
I Exposición de Productos Españoles. Santiago de Chile.

1954

La Elegancia en el Retrato Femenino. Museo de Arte Moderno. Madrid.
Arte Español. Francfort (Alemania).

1965

Nueve Pintores. Galería El Bosco. Madrid.
25 Pintores. Galería El Bosco. Madrid.
Colectiva inauguración Galería Kreislser. Madrid.

1967

VI Salón Femenino de Arte Actual. Sala Municipal de Exposiciones. Barcelona.

1968

Contemporary Religious Art Festival. Torrejón Air Base Chapel.
Exposición Pintura Joven. Galería Dánae. Madrid.

1973

Maestros del Arte. Galería Al-Kara. Murcia.
Tres Pintores Murcianos. Galería Giotto. Madrid.
Pintura Española del siglo XX. Galería Al-Kara. Murcia.
Temas del Mar. Galería Isidoro Máiquez. Cartagena.
Arte Español Contemporáneo. Galería Giotto.
Subasta de Arte pro-damnificados. Casino de Murcia.

1975

Antológica de Navidad. Galería Columuela. Madrid.
La Mujer en la Cultura Actual. Palacio Fuensalida. Toledo.

1980

El intimismo en la Pintura Española, S. XIX y XX. Casa de Benalcázar Quito. (Ecuador).
El intimismo en la Pintura Española, S. XIX y XX. Santo Domingo. (República Dominicana).

1981

El Maravilloso mundo del teatro. Galería Albor. Murcia.

1984

Mujeres en el Arte Español, 1900-1984. Centro Conde-Duque. Madrid.

1985

Arte en Murcia, 1862-1985. Museo Municipal. Madrid.
Arte en Murcia, 1862-1985. Sala de San Esteban. Murcia.

1992

Retratos-Autorretratos. Pabellón de Murcia. Expo-92. Sevilla

1998

Murcia. Un tiempo de Postguerra. Palacio Almodí. Murcia.
Nuestros retratos. Sala de San Esteban. Murcia.
Colectiva de Navidad. Sala Peyronceli. Madrid.

2000

Murcia, 1956-1972. Una ciudad hacia el desarrollo. Palacio Almodí. Murcia.

2004

Cien años, Cien Artistas. Palacio Almodí/Centro Cultural Las Claras. Murcia.

COLECCIONES

Elizaberth Arden (USA).
Eikiti Hayasiya (Kioto, Japón).
Julius Fleischman (Florida, USA).
Lester VaVelie (Nueva York, USA).
Paul Viguier (París, Francia).
M. F. Bastioni (Milán, Italia).
H. B. Marshall (Los ángeles, USA).
Samuel Bronston (Madrid).
G. Telder Tornhill (Austin, Texas, USA).
Alex Cazelle (París, Francia).
Duarte Pinto Coelho (Madrid).
Courreges (París, Francia).
Pertegaz (Barcelona).
Peter Damon (Marbella).
Banco de España (Madrid).
Juan Catarineu (Madrid).
Hans Bloch (Madrid).

MUSEOS E INSTITUCIONES

Museo de Arte Contemporáneo de Cincinatti (Ohio, USA).
Museo de Bellas Artes de Murcia.
Comunidad Autónoma de Murcia.
Excmo. Ayuntamiento de Murcia.
Museo Municipal de Cartagena.
Museo Camón Aznar (Zaragoza)

BIBLIOGRAFÍA

ABC. “Expone Sofía Morales”. 7 de junio de 1967. Madrid. ALCALÁ, Manolo. “Sofía Morales, pintora de temas infantiles”. Pueblo, 2 de junio de 1967. Madrid.

ALFARO, J. R. “Sofía Morales”. Hoja del Lunes, 10 de febrero de 1946. Murcia.

A. M. C. “Sofía Morales, exposición antológica”. GAZETA DEL ARTE, 30 de noviembre de 1974. Madrid.

ANDRADE, Xian de. “Sofía Morales. Plenitud pictórica y vital”. Sábado Gráfico, 17 de febrero de 1975. Madrid.

A. P. “La Asociación de la Prensa ofrece una amplia muestra de Sofía Morales”. La Opinión, 6 de marzo de 1993.

ARCO, Antonio. “Sofía Morales, ¡qué nos deje entrar!”. La verdad, 14 de marzo de 1993. Murcia.

Arriba. “Tánger. Arte: Inaugurada la exposición de Sofía Morales en Provensa”. 9 de marzo de 1955. Madrid.

ARST. “Sofía Morales”. 20 al 26 de abril de 1955. París (Francia).

BALLESTER, Juan. “El silencio de lo esencial (Sofía Morales en Espacio Mínimo)”. La Opinión, 3 de marzo de 1993. Murcia. “Año cero, colectiva resumen en Espacio Mínimo”. La Opinión, 23 de junio de 1993. Murcia.

BARNUEVO, Nieves. “Homenajes en Murcia, Madrid y Roma”. La Opinión, 1 de mayo de 2005.

BELDA NAVARRO, Cristóbal, director. *Colección de arte moderno y contemporáneo. Patrimonio de la Comunidad Autónoma de Murcia*. Murcia, 1992 de 1974. Madrid.

BLAS, J. I. *Diccionario de pintores españoles contemporáneos*. Madrid, 1972.

BRACO Y SALZILLO, José Luis. “El sentimiento de la pintura de Sofía Morales”. Nuevo Diario, especial de Navidad, diciembre de 1974. Madrid.

CALVO DE AGUILAR, Isabel. *Antología biográfica de escritores españoles*. Madrid, 1954.

CAMÓN AZNAR, José. Catálogo exposición Galería Al-Kara. Murcia, 1974.

“Sofía Morales”. Catálogo exposición Galería Ramón Durán. Madrid, 1978.

CAMPOY, A. M. “Sofía Morales”. ABC, 10 de febrero de 1975. Madrid.

“Sofía Morales”. ABC, 1 de marzo de 1975. Madrid.

CANOVAS, Joaquín. “Viajes de ida y vuelta”, en *Cincuenta pintores en la Cámara*. Murcia. 1999.

Carrefor. “Sofía Morales”. 6 de abril de 1955. París (Francia).

CASTILLO-PUCHE, J. L. “Realismo y fantasía”. ABC, 17 de abril de 1973. Madrid.

Catálogo exposición Anton-Nuño de la rosa (Galería de Arte), Toorevieja (Alicante), 1973.

“Sofía Morales”. Catálogo exposición Galería Giotto. Madrid, 1974.

“Murcia transfigurada en la pintura de Sofía Morales”. Catálogo exposición Galería Chys. Murcia, 1978.

COBOS, Pedro. “Exposición de Sofía Morales”, en *Sofía Morales (Contraparada 10)*. Murcia, 1989.

CRUZ, Pedro Alberto. Tendencias II. Murcia, 1985.

“Sofía Morales”. La verdad, 6 de abril de 1989. Murcia. “Interesante paseo por la pintura murciana, en la CAM”. La verdad, 19 de enero de 1994. Murcia.

“Muere Sofía Morales, una de las grandes pintoras murcianas”. La verdad, 30 de abril de 2005.

CRUZ SÁNCHEZ, Pedro Alberto. “Incidencia de las corrientes artísticas nacionales e internacionales en la pintura murciana del siglo XX”, en **Cincuenta pintores en la Cámara**. Murcia, 1999

DÍAZ BAUTISTA, Antonio. “Sofía Morales, en Chys”. La Verdad, 12 de noviembre de 1978. Murcia.

DÍEZ-CRESPO, M. “Sofía Morales, en su íntima sensibilidad”. PYRESA, 21 de junio de 1967. Madrid.

FARALDO, Ramón D. “Sofía Morales”. Catálogo exposición Galería Estilo. Madrid, 1953.

GALIANA, José María. “Sofía Morales. Pintora”. La verdad, 6 de marzo de 1993. Murcia.

GARCÍA BARÓ, José María. Sofía Morales, la famosa pintora y periodista entusiasta de la pesca submarina”. Madrid, 5 de abril de 1958.

“Encuesta con suspense”. Madrid, 15 de enero de 1959.

GARCÍA VIÑOLAS, M. A. “Sofía Morales”. Pueblo, 15 de febrero de 1973. Madrid.

“Sofía Morales”. Pueblo, 19 de febrero de 1975. Madrid.

GAYA, Ramón. “Sofía Morales”. La verdad, 5 de abril de 1935. Murcia.

Gran Enciclopedia de la Región de Murcia, Tomo 6. Murcia, 1995.

HIERRO, José. “Sofía Morales”. Nuevo Diario, 18 de febrero de 1973

“Sofía Morales”. Catálogo exposición Círculo de la Amistad, Liceo Artístico de Córdoba. 1974.

Catálogo exposición Galería Garbí. Valencia. 1974.

“Sofía Morales”. Nuevo Diario, 16 de febrero de 1975. Madrid. Catálogo exposición Galería Liébana. Lorca, 1982.

INFORMACIONES. “Once exposiciones”. 8 de febrero de 1973. Murcia.

JIMÉNEZ, Salvador. “Sofía Morales o el arte de pintar”. ABC, 14 de marzo de 1969. Madrid.

“La pintura intimista de Sofía Morales”. ABC, 28 de noviembre de 1981. Madrid.

“Murcia necesita que vengas Sofía Morales”. La Opinión, 26 de junio de 1998. Murcia.

Catálogo exposición Centro Cultural Ceutí (Murcia), 2001.

Catálogo exposición Galería La Ribera. Murcia, 2001.

JUAN DE CORRAL, Caty. “Sofía Morales: una mujer vital, guapa y artista”. Baleares, 27 de mayo de 1962. Palma de Mallorca.

LAFORET, Carmen. “Sofía Morales”. Gaceta Ilustrada, 26 de febrero de 1975. Madrid.

“Arte femenino”. La Actualidad Española, 3 de marzo de 1975.

LA OPINIÓN. “Sofía Morales expone desde ayer en la Galería Espacio Mínimo”. 20 de febrero de 1993.

LATINO, Juan. “Los grises armoniosos de Sofía Morales”. Nuevo Correo de las Artes y las Letras, 6 de marzo de 1974. Córdoba.

La verdad. “Esta noche se inaugura la exposición de Sofía Morales, en la Asociación de la Prensa”. 5 de marzo de 1993. Murcia.

LÍNEA. “La exposición *vedette* en la historia de la pintura murciana”. 3 de junio de 1973. Murcia.

LOGROÑO, Miguel. “Sofía Morales, el valor de las cosas sencillas”. Blanco y Negro, 22 de febrero de 1975. Madrid.

LÓPEZ, Antonio. “*Contraprada*, entre la tradición y la vanguardia”. La verdad, 30 de marzo de 1989. Murcia.

LÓPEZ, Josefina. “Sofía Morales: *Quiero seguir pintando hasta que me quede un hálito de vida*”. Diario 16, 6 de marzo de 1993. Murcia.

MADRONA, Amparo. “La mujer pintora”. Servicio del magisterio Español, 28 de marzo de 1973. Madrid.

MARTÍNEZ CALVO, José. “Calidad y acierto en la muestra *La Naturaleza Muerta*”. Diario de Murcia, 29 de noviembre de 1981.

Historia y Guía del Museo de Murcia. Sección de Bellas Artes. Murcia, 1986.

Catálogo de la Sección de Bellas Artes del Museo de Murcia. Murcia, 1987.

MARTÍNEZ CEREZO, Antonio. “La pintura en Murcia (II)”, en Bellas Artes 74, octubre de 1974.

“Sofía Morales. Pintora que apunta siempre a la excelencia”.

Catálogo exposición Galería El Cantil, Santander. 1997.

MARTÍNEZ MENA, Alfonso. Situación de la cultura es España: responde Sofía Morales. Diario SP, 20 de febrero de 1968. Madrid.

MOLINA, Cayetano. “Sofía Morales”. Línea, 12 de noviembre de 1978.

MOLLEDA, Rosana. “Pintar es una vocación”. Pueblo, 18 de febrero de 1973. Madrid.

MORALES, Antonio. “Sofía Morales y las artes escénicas”. La Opinión, 10 de marzo de 1993. Murcia.

“Notas desordenadas para una biografía de Sofía Morales”. Catálogo exposición Centro Cultural Ceutí (Murcia).

MORALES Y MARÍN, José Luis. Diccionario de la Pintura en Murcia. Murcia, 1973.

Catálogo exposición Galería Sástago. Zaragoza, 1980.

MORALES, Sofía. “Don Juan o el amor a la geometría”. Telva, 1 de diciembre de 1972. Madrid.

“Datos autobiográficos”, en *Sofía Morales (Contraparada 10)*. Murcia, 1989.

MORENO GALVÁN, José María. Introducción a la pintura española actual. Madrid, 1960.

“Sofía Morales”. Triunfo, 8 de marzo de 1975. Madrid.

OLIVARES GALVÁN, Pedro. “Los pintores de la *Generación Puente*.”

(1940-1960)”, en *Arte en Murcia*, 1862-1985. Murcia, 1985.

OLIVER, Antonio. *Medio siglo de artistas murcianos (1900-1950)*. Madrid, 1952.

ORDÓÑEZ, Marcos. *Beberse la vida. Ava Gardner en España*. Madrid, 2004.

PALACIOS, Mercedes. “Homenaje a nuestras heroínas”. La

Economía, marzo de 2002. Murcia

PÁEZ BURRUEZO, Martín. *Joaquín, pintor murciano*. Murcia, 1982.

“Pintura”, en *Historia de la Región de Murcia*, Tomo X. Murcia, 1983.

“*La pintura, estancamiento y renovación*”, en *Murcia, 1956-1972. una ciudad hacia el desarrollo*. Murcia, 2000.

“De 1903 a 1970”, en *Cien años, Cien Artistas*. Murcia, 2004

PARRA, A. “Inaugurada la décima edición de *Contraparada*”. La Opinión, 30 de marzo de 1989. Murcia. “Contraparada muestra el arte de una ciudad *hacia el desarrollo*”. La Opinión, 26 de abril de 2000. Murcia.

PEÑALVER, Soren. “Homenaje a Sofía Morales”. La Opinión, 28 de abril de 1993. Murcia.

RML. “Sofía Morales, en la Galería Fauna’s”. La Estafeta Literaria, 15 de marzo de 1973.

“Sofía Morales, Galería Colmuela”. La estafeta Literaria, 15 de marzo de 1975. Madrid.

RUIZ ABELLÁN, María Concepción. *Cultura y ocio en una ciudad de retaguardia durante la Guerra Civil (Murcia, 1936-1939)*. Murcia, 1993.

RUIZ LLAMAS, María Engracia. *Ilustración gráfica en periódicos y revistas de Murcia (1920-1950)*. Murcia, 1992.

RUIZ PEÑA, Juan. “Hoy llueve otoño. A la pintora Sofía Morales”. Póster/catálogo exposición Galería Litoral. Alicante, 1975.

SÁBADO GRÁFICO. “De nuevo Sofía Morales expone en Madrid. 8 de febrero de 1975. Madrid.

SÁBADO GRÁFICO. 28 de enero de 1976. Madrid.

SÁEZ, Ramón. “Sofía Morales”. Arriba, 23 de febrero de 1975. Madrid.

SANZ, Juan Bautista. *77 años de pintura y escultura en Murcia*. Murcia, 1977.

“Sofía Morales, la atmósfera inimitable”. La Opinión, 1 de mayo de 2005.

SENTI ESTEVE, Carlos. “La pintura de Sofía Morales”. Levante, 25 de enero de 1974.

7 FECHAS. “Una pintora llamada Sofía”. 13 de junio de 191 Madrid.

TRENAS, Julio. Sofía Morales y sus simplificaciones plástica La Vanguardia Española, 14 de marzo de 1973. Barcelona “Sofía Morales una pintora en la madurez de su arte”. 7 Fechas, 21 de marzo de 1973. Madrid.

“Las periodistas con Mercedes Fórmica”. ABC, 29 de junio 1973. Madrid.

TANGIER GAZETTE. “People and Place”, 19 de marzo de 19 Tánger (Marruecos).

UMBRAL, Francisco. “El Rastrillo”. El País, 25 de enero de 1977. Madrid.

“Las municipales”. El País, 8 de enero de 1982. Madrid. —Gobierno y duración”. El País, 13 de abril de 1983.

URBANO, Pilar. “Sofía Morales”. Telva, segunda quincena febrero de 1975. Madrid.

VALLE, Adriano del. “La pintura de Sofía Morales o la pava de las nubes”. Catálogo exposición Galería Estilo. Madrid, 1951.

VALCÁRCCEL, Carlos. “Cuatro interesantes exposiciones caracterizan la Semana Artística”. La Hoja del Lunes, 13 noviembre de 1978. Murcia.

VERA, Diego. “Sofía Morales: El periodismo es mi cuerpo; pintura, mi alma”. Línea, 4 de marzo de 1973.

VIZCAÍNO CASAS, E *Diccionario del cine español*. Madrid, 19

VILLÁN, Javier. “El pintor en su estudio”. Arriba, 22 de noviembre de 1974. Madrid.

YA. “Sofía Morales expone en Murcia”. 4 de abril de 1973 Madrid.



“...y no dejes nunca de pintar”
Joaquín

ESTE CATÁLOGO FUE EDITADO CON OCASIÓN DE LA EXPOSICIÓN ANTOLÓGICA SOFÍA MORALES. EL RETRATO DEL TIEMPO. INAUGURADA EN EL MUSEO DE BELLAS ARTES DE MURCIA EL 11 DE ABRIL DE 2019

